

POMBO, RAFAEL (1833-1912)

ANTOLOGÍA

INDICE

ALPHA Y OMEGA
MARÍA
EL PECADO ORIGINAL
BARCAROLA
DESPEDIDA
EL MECEDOR
EL VALLE
MELANCOLÍA
LUNA LLENA
LA SABANA
ÉXTASIS
IN ILLO TEMPORE
TORBELLINO A MISA
LA CRUZ DE MAYO
LA CASA DEL CURA
EL BAMBUCO
LO QUE VIERON LOS VIEJOS
PATRIA Y POESÍA
LA TUMBA DE RICAURTE
LA HORA DE TINIEBLAS
EDDA
ÉXTASIS (¿2?)
MI TIPO
TU CONFESIÓN
EN EL ÁLBUM DE AMALIA BRICEÑO
LAS NORTEAMERICANAS EN BROADWAY
LA PAREJA HUMANA
EN UNA BODA
LA MUJER
EL 6 DE OCTUBRE
A FELIPE S. GUTIÉRREZ
AL TRABAJO
MAGIA
PERPETUA
SIEMPRE
LA MÚSICA
MÚSICA Y POESÍA

FONDA LIBRE
EN EL NIÁGARA
PRELUDIO DE PRIMAVERA
NOCHE DE DICIEMBRE
DECÍAMOS AYER
ELVIRA TRACY
ANGELINA
ELEGÍA
A JOSÉ EUSEBIO CARO
DE NOCHE

ALPHA Y OMEGA

Creer: aquí está todo. ¡No hay tal suerte!
Creyendo, ¿qué tememos de la vida?
Creyendo ¿qué tememos de la muerte?

Sé, oh, existencia, pues, muy bien venida,
si feliz, por feliz; si infortunado,
porque me hará feliz tu despedida.

Si hoy lloramos el bien que hemos gozado,
¿por qué apurar con ansia el bien presente
que pronto habremos de llorar pasado?

Si hoy contamos burlando el mal ausente,
¿por qué abatirnos a mezquinos males
que pronto el labio retozón desmiente?

No gastemos en juegos terrenales
el ánimo inmortal; en lid de un día
no empeñemos sus fuerzas inmortales.

Hay bien y hay mal, mas pobre del que fía
en la del bien y el mal profana ciencia
que enseña una falaz filosofía.

Creed y sabréis más. Es la existencia
del bien y el mal revuelta mascarada
do engaña a cada vuelta la apariencia.

Sólo la fe no erró; nunca burlada,
a ninguno burló; y ella! sólo ella,
salió triunfante al fin de la jornada.

Ciencia consoladora, fácil, bella,
que humilla de los sabios la arrogancia
tal vez ante una tímida doncella;

y hace más sabio al niño en su ignorancia.
Y más feliz al monje en su desierto,
y al mártir, héroe de sin par constancia.

Ciencia que ignora lo fugaz, lo incierto,
y enseña lo inmortal, lo único firme
que sobrevive al tiempo, al mundo muerto.

Todo engaña, yo mismo sé mentirme
y mintiéndome vivo; a cada paso
hallo de qué dudar y arrepentirme.

Mi tiempo es breve. Mi juicio escaso;
a ti me entrego ¡oh, fe! sé tú mi guía,
que tú no has de engañarme en ningún caso.

Y lo único mortal que no varia
es que si alguno fue feliz con duda,
ninguno fue infeliz porque creía;

que tú aligeras nuestra carga ruda,
y que en la hora seria, en la agonía,
¡Ay, ay del hombre a quien la fe no ayuda!

1857

MARÍA

Siendo yo niño, un ángel todavía,
que de mi padre apenas
las dos rodillas abrazar podía,
recuerdo que una noche, entre mi cama
cama hecha para mí, linda y süave
como el nido de una ave,
de intensa fiebre al infectado aliento
que tan sólo mi madre no temía,
momento por momento,
ardiendo sin dolor, me consumía.

Era alta noche, hora en que al auxilio

del sueño y la fatiga que han postrado,
al centinela fiel del moribundo,
da un asalto callado la rondadora muerte;
hora en que el vario estrépito del mundo
no apagará los congojosos gritos
del centinela fiel cuando despierte.

Todo poder para salvarme estaba
ya en Dios tal vez; y el sabio y noble amigo
por cuya mano el mismo Dios quitaba
a la muerte sus víctimas,
retirado adversario parecía
de la victoria del rival testigo.

Frente a mi lecho, en la pared, colgaba
la imagen siempre dulce y hechicera
de la Virgen María,
suavemente inclinada, cual queriendo
aspirar los perfumes
de sus ramos de flores,
o escuchar compasiva las plegarias,
perfume celestial de los dolores.

Prosternada de hinojos,
angustiados los ojos,
al pie oraba mi madre...
Mas todo era en silencio, solamente
oía de vez en cuando
secretarse unas voces
en la inmediata pieza, y unos trajes rozándose veloces,
y los paseos de mi triste padre
que la ancha puerta estremecer hacían...

Y se alejaban... y otra vez pasando
la misma, puerta a estremecer volvían.
Otras, nada escuchaba
sino el triste zumbar de los oídos,
música de la fiebre discordante,
cual gran jauría que entre sombras ladra
lanzando lamentables aüllidos;
música que nos punza, nos taladra,
nos aturde furiosa y penetrante
con millones de agujas y silbidos.

Caía luego en letargo, y cuando estaban
como en un mar de plomo

ahogadas mis potencias, de una en una,
en torno a mi cabeza de paloma
revoloteaba estúpida, importuna
la odiosa pesadilla.

Ese feo moscardón de mal agüero
que burla, al par que al niño en su alba cuna,
al reo en su capilla,
en su campo al soldado,
y en su triste prisión al prisionero,
y con el cual talvez el niño ríe
y se intimida el alma del guerrero.

Deliraba mi espíritu inocente,
que dando caza, oculto en mis cabellos,
a un grillo impertinente,
saqué hilado en mis manos, de repente,
un" caos hirviente, enjambre inmenso, de ellos.

Era una inextricable telaraña,
vívido laberinto, siempre igual y distinto,
en el cual, a compás, con prisa extraña,
me iban desenvolviendo, y envolviendo,
me iban desenredando y enredando
innúmeros ovillos,
de innumerables grillos,
de deslumbrantes brillos,
de matices cambiantes,
y alas extravagantes,
y patas repugnantes,
crecientes y menguantes,
que en forma de tornillos
me araban penetrantes;
y tejiéndome anillos
del pelo a los tobillos,
y subiendo y bajando,
y bajando y subiendo
haciendo y deshaciendo
nudillos y nudillos
me estaban dando inaguantable fiesta
al son de atroz, vertiginosa orquesta.

Trémulo y aterrado
desperté rechazando de mi frente
una mano que inquieta me tocaba;
abrí a ver de repente...

era mi buena madre: la asustada,
más que a mí, mi delirio,
que con ojo de madre adivinaba;
y yo ví en su mirada cariñosa
la sonrisa del ángel del martirio:

"¿Te asusto yo?" me dijo sonriendo,
"duerme, duerme tranquilo,
"que mientras estés, mi dulce amor, durmiendo,
"por ti ruego y vigilo,
"y allí está nuestra Reina, que del Cielo
"nos mira con cariño;
"Ella es quien a la madre da el consuelo
"y la salud al niño.
"Por ella deja el nido el ave ufana.
"para cantarle amores;
"por ella iremos al jardín mañana
"para traerle flores.
"Duérme, y en tanto y con amante empeño
"yo la diré de hinojos
"que te regale cariñosa un sueño
"lindo como sus ojos".

Enjugó con un beso un sudor frío
que manaba en mi frente gota a gota,
y amable, conjurando
con una bendición mi desvarío,
fuese a paso de sombra separando,
y volviéndome a ver de cuando en
cuando siguió orando devota.

EL PECADO ORIGINAL

Cuando de un atroz delito
la noticia se difunde,
¡cómo se abre y crece y cunde
el satánico apetito!
"¡Imposible! ¡pobrecito!"
Exclama hipócrita horror;
pero tras de ese pudor
la macilia se desboca,
y ya toda infamia es poca
y toda inocencia error.

¿Un incesante altercado
no sentís dentro de vos,
entre el hombre que hizo Dios
y el hombre que hace el pecado?
Cuando en todo lo creado
reina sublime armonía
¿no os grita esa pugna impía
que algo turbó en daño nuestro
este inmenso plan maestro
de amor y sabiduría?

Y tan pervertida va
la naturaleza humana,
que ni aun la queremos sana
sino enferma como está;
el crimen triunfante es ya
orden y derecho eterno,
y el hondo escozor interno
de un más allá eterno y justo
ridículo ardid vetusto
de algún pícaro gobierno.

Reinar por doquier se ve
la materia. Ese es el credo.
Sí, pero ella tiene miedo.
¿Y tiene miedo de qué?
¿Bajo su insolente pie
teme que bulla algo serio?
De su trono al cementerio
sabr  cuidarse. ¿Y después?
Ni ojos ven ni alcanza juez
en la regi3n del misterio.

Viva en gloria el delincuente
y el inocente en suplicio.
No hay premio, pena ni juicio;
todo instinto justo, miente.
Si hubo un Dios omnipotente
se agot3 aquí su poder;
ya en su lugar Lucifer
triunfa y reina sin zozobra,
y es el mal el fin de la obra,
que para el bién debi3 ser...

Si por absurdo y bestial
esto indigna al más palurdo,

no hay medio aquí: lo no absurdo
es la culpa original.
Y pues bajo este dogal
ya no hay dogma que no quepa
ni hay ciencia humana que sepa
dar un paso en el abismo,
queda el ruin materialismo
aniquilado en la cepa.

Diciembre 30, 1895

BARCAROLA

¡Venid, oh, pescadoras,
armadas de sonrisas!
Las murmurantes brisas
convidan a bogar.

Prended el alma mía
en vuestra red de flores,
venid oyendo amores
vagando por el mar.

Feliz el pescador
que caiga en vuestras redes
preso, preso, preso en red de amor.

¡Qué blandamente arrullan
nuestro batel las olas!
Amantes barcarolas
así os arrullarán.

La noche pide sueños,
el alma pide amores;
¡adentro, pescadores!
¡Amar... bogar... cantar!...

¡Oh, noche de ilusión!
¡Noche de amor bendita!
¡Sueña, sueña, sueña, oh. corazón!

El día es de la tierra,
su sol el alma ofusca.
De noche Dios nos busca,

y Amor lo va a encontrar.

Están enamorándose
todas las cosas bellas,
y viento, y mar, y estrellas
se sienten palpar.

Y un himno de placer
en medio del silencio
canta, canta, canta por doquier.

Y estrellas mil descienden
al mar enamoradas,
y así nuestras miradas
del alma al fondo van.

Dejad que os arrullemos
como ebrios de contento,
la mar al firmamento
y el firmamento al mar.

¡Noche de adoración!
¡Hora de amor celeste!
Ama, ama, ama, oh, corazón!

Huyamos de la tierra,
prisión de polvo y duelo,
y hagamos rumbo al cielo
por el azul del mar.

Boguemos donde existen
las glorías que soñamos,
y nunca más volvamos
al mundo a despertar.

¡Al cielo del amor!
¡Al mundo de los sueños!
Boga, boga, boga, oh, pescador!

1868

DESPEDIDA

(Serenata)

¡Qué hermosa está la noche!
Pero ¡ay, qué triste!
Decid, auras y nubes,
en qué consiste.
¿Sabréis acaso
de las profundas ansias
en que me abraso?

¿Por qué junto a esa luna
casta y serena
corréis, oh, nubecillas,
como con pena?
¡Ah! ya os entiendo,
esa brisa que os trajo
sigue corriendo.

¿Por qué, brisas del campo,
ricas de aroma,
venís dando suspiros
de aquella loma?
¡Ah! no lograsteis
traeros esas flores
donde posasteis.

¿Por qué lloras, oh, fuente?
¿Por qué te quejas?
Ah! por alguna orilla
que amas y dejas.
Y yo entretanto
lloro también dejando
lo que amo tanto.

¡Astro de mis plegarias!
¡Flor de mi huerto!
¡Blanda orilla do ansioso
buscaba un puerto!
¡Llora al que vino
y pasó arrebatado
por su destino!

No digas que ha empañado
tu luz mi aliento;
que antes volamos juntos
al firmamento,
y en sus confines

sorprendemos delicias
de serafines.

No digas que embriagada
con tu perfume
fui el simoún, que enciende
pero consume.
Yo, flor bendita,
te abrí a un aura celeste,
pura, infinita.

Yo anhelé transplantarte,
jazmín de amores,
a cármenes do nunca
mueren las flores;
do hasta el querube
respirará el aroma
que de ti sube.

Perdona si mi vuelo
no alcanzó a tanto.
Lo que faltó de néctar
tómalo en llanto,
mas tu fragancia
perfumará de mi alma
siempre la estancia.

Pasaré, que lo exige
mi avara suerte;
pero más que sus leyes
es mi alma fuerte.
Mi arcilla pasa,
mi alma queda en la tuya,
que esa es mi casa.

No dirás que he pasado
dejando yerto
el césped de la orilla,
do ansiaba un puerto.
Hoy cada hoja
te hablará de un contento
que ya es congoja.

Quedan aquí vagando
por su arbolado
los cariñosos versos

que te he cantado.
Tarde y mañana
sál a escuchar tu nombre
que al aura ufana.

Es mi alma una nidada
de pajarillos,
que echo a volar por prados
y bosquecillos.
Cuando ya dicen
tu nombre, y te idolatran
y te bendicen.

Sal a mañana y tarde,
¡oh ídolo mío!
a escuchar las ternuras
que yo te envío.
Y dulcemente
duerme a su arrullo,
y sueña con el ausente.

Si a la mágica lumbre
del sol de ocaso
ves que una larga sombra
sigue tu paso,
mi ángel, no es esa
tu sombra: esa es la mía.
Que tus pies besa.

O si del casto abrigo
de tu aposento
oyes que en tu ventana
suspira el viento,
si oyes que llora,
no es el viento, es el alma
del que te adora.

Bajo este arco querido
de amante hiedra,
recostado en la misma
labor de piedra,
este que hoy parte
aquí vendrá en espíritu
a despertarte.

Tenemos cielo y tierra

por confidente.
De mí te hablará el campo;
de mí la fuente,
estrellas, flores,
céfiros... todos saben
nuestros amores.

Y con aquel lenguaje
de alma y de llanto
que sin decirnos nada
nos dice tanto,
sabrán mi vida
decirte: "No lo olvides, q
ue él no te olvida".

¡Qué hermosa está la noche,
pero ay, qué triste!
Los que se van, bien saben
en qué consiste.
Todo se duele
de que nos quede el llanto
y el gozo vuele.

Aquí no es dicha aquello
que tal se llama.
Aquí sólo se escoge
lo que sé ama;
aquí se pide,
para darlo, a otro mundo
se nos despide.

Todo cuanto queremos
en esta, vida
nos mira con un aire
de despedida:
que todo huye
a un abismo que nada
nos restituye.

¿Dónde hallaremos junto
tanto tesoro
que Dios pone a rescate
con nuestro lloro?
Tú, vida mía,
sabes en dónde... Ay, llórame
hasta ese día.

Abril 20: 1878

EL MECEDOR

(Capricho)

Cuando a la hora lánguida
de calurosa siesta
sobre espaldar elástico
tu forma se recuesta,

y en uno y otro brazo
de límpida caoba
descansas blandamente
los brazos de marfil,

dejando indiferente
cruzarse en tu regazo
sobre la falda blanca
as manos de jazmín:

Al soplo de los céfiros
que mar y cielo traen,
algunos gajos de ébano
sobre tus hombros caen;

y entreábrese tu boca
para inundar el pecho
de las coquetas brisas
con el vital frescor;

y en tanto, raudo toca
tu leve planta el suelo,
y en medias blanco-armiño
dibújanse distintas,
sobre tus pies de niño,
las bien cruzadas cintas
de negro terciopelo,
que el arco pequeñuelo
abrazan con amor.

Y el mecedor ondula
en compasado vuelo,

y el aura más te adula
con agitado anhelo;

y al golpe que en el suelo
con regio garbo das,
ya perezosa vienes,
ya perezosa vas.

Dos veces te destienes
cimbrándote a compás,
y nuevamente vienes,
y nuevamente vas.

Tus ojos castellanos,
y al par meridionales,
que describir nó oso,
pues ni oso contemplar,

son ojos por los cuales
el odio furibundo
de bravos españoles
con bravos orientales
viera otra vez el mundo
volcánico estallar...

Cartagena, abril 7: 1857

EL VALLE

(Fragmento de una leyenda)

Deja tu lira, poeta;
deja, pintor, tu paleta,
y tu cincel, escultor
naturaleza es mejor
que el signo que la interpreta.

Con lengua, pluma o pincel
que copiarla intente el hombre,
es la copia siempre infiel,
pues no tiene de ella él
sino la sombra y el nombre.

Ella mata nuestro acento

con su voz de tempestad,
música del firmamento,
e impone así acatamiento
a su pompa y majestad.

Y a nuestros humos de mando
está siempre contestando
que ante ella somos, no más,
sombras que vamos pasando
para no volver jamás.

Pero hay ojos y la vemos,
hay oídos y la oímos;
cinco sentidos tenemos
con que gozarla podemos
el momento que vivimos.

Y ella nos da corazón,
su obra más perfecta y bella,
por cuya fiel mediación
misteriosa comunión
alimentamos con ella.

Y ella y nosotros guardamos
un secreto de los dos
que uno a otro nos confiamos
¡Dios! talvez la murmuramos,
y ella nos responde ¡Dios!

Deja tu lira, poeta,
deja, pintor, tu paleta,
y tu cincel, escultor;
naturaleza es mejor
que el signo que la interpreta.

La palabra es sólo el tema
de una sensación sin nombre.
Natura es el gran poema,
y su autor no es la blasfema
raquítica voz del hombre.

De ese caucho al curvo pie,
como en fresco canapé
donde tu espalda se apoye,
pues tienes oídos, oye,
y pues tienes ojos, ve.

A tu izquierda se hunde el sol
allá en el fondo del valle,
y su radiado arrebol
baña en vivo tornasol
de lomas la verde calle.

Ultimo rayo tardío,
como escapado a un desvío
del astro desfalleciente,
zigzag dorado, esplendente
juega, en las aguas del río.

A tu diestra el horizonte
un monte tras otro monte
cerrando entre sombras van,
hasta que otra vez galán
por allí el sol se remonte;

y salvando ambos costados
del torrente bramador,
tus ojos ven reposados
campanario blanqueador,
patriarca de los poblados.

Alza en torno el feligrés
los techos de los hogares,
que con lujo montañés
resplandecen al través
de naranjos y palmares.

A tanta distancia al vellos
rumor de felicidad
parece escucharse en ellos,
y cantos de ángeles bellos,
de amor y hospitalidad.

Siguiendo aquel camellón
de mirto y jazmín silvestre,
distínguese en un rincón
la puerta sin inscripción
del cementerio campestre;

su vista el alma serena
de los hijos del dolor:
allí la muerte es apenas

el sueño del labrador
que ha rendido su faena.

Ni el estilo ni el cincel
su fosa humilde decoran;
pero en vez de luto infiel
hay labios que oran por él,
corazones que lo lloran.

Mira el cielo ecuatorial,
magnífico, esplendoroso,
manto de pompa oriental
que cobija por igual
al pobre y al poderoso.

Bajo ese cielo jamás
el ateísmo ha existido;
aquí el mismo Satanás
bendeciría quizás
a .Dios que lo ha maldecido.

En este edén no vedado
siempre es Adán el amado
siempre es Eva la mujer;
aquí su trono han sentado
la plenitud y el placer.

¡Mira esa vegetación
siempre nueva, exuberante,
donde aspira el corazón
el soplo vivificante
que animó la creación!

Viértele el sol cada día
sus rayos generadores,
y ella en retorno le envía
ofrenda constante y pía
de perfumes y de flores.

¡Cuánto diera el gran señor
del más pomposo castillo
por un árbol, el peor,
de esos que tumba un pastor
para probar su cuchillo;

Y al hacer su parque un rey

qué diera por una calle
de esas de mayo y copei
por donde baja la grey
al verde fondo del valle.

El plátano y el anón
brindan aquí al peregrino
sombra para su camino,
pan para su inanición,
para su sed fresco vino.

¡Zona de Dios bendecida!
Por sí sola en ti la vida
es un deleite sin fin;
naturaleza, un festín
al que todo nos convida.

Aquí el hielo, el gran tirano,
no hace más que abrillantar
el horizonte lejano,
y desde esa cumbre enviar
fresco raudal, limpio y sano.

Poeta, inunda tu seno,
impregna todo tu ser
de este aire leve y sereno
que vaga empapado, lleno,
de olor a vida y placer.

Vilandas y venturosas
aroma en su aliento exhalan,
y allá en selvas misteriosas,
harem de silvestres rosas
lo besan y lo regalan.

Oye el zumbido del río,
del valle eterno cantor;
ya no lo turba el chirrío
que hace, cimbrando el bujío,
el trapiche volteador.

Mas desde el caracolí
el rojo titiribí
le une su amante trinado,
y su grito el aydemí
siempre triste y desolado.

Y en cuanto se oye y se siente
y el ojo en torno espacia,
hay una voz reverente
de un espíritu viviente
de universal armonía.

Como que todo nos llama
diciéndonos no se qué,
y así cual nosotros ama,
y suspira, y ríe, y clama,
y goza, y bendice, y cree.

Que al fin, hombre, y ave, y flor,
todo cuanto el mundo encierra,
ha costado igual labor;
obras del mismo escultor
frutos de la misma tierra.

Y a Dios rinde como sabe
cada cual su adoración:
la flor con su olor suave,
con su dulce canto el ave,
el hombre con su oración...

MELANCOLIA

Muere, ave oscura, en tu nido
antes de soltar el vuelo
por el campo azul del cielo
a tu ilusión prometido;
fuera del árbol querido
tu tierna voz no alcanzó,
y así como ella expiró,
ignorada, humilde, pura,
muere en tu nido, ave oscura,
y como tú... muera yo.

Eclípsate, ignota estrella,
antes de reverberar
entre tanto luminar
que el nombre de Dios destella.
A esta tierra umbrosa y bella
ni un rayo tuyo alcanzó,

y así como él se extinguió
sin arrancar un suspiro,
muere antes de hacer tu giro
y como tú... muera yo.

Muere, limpio manantial
en la peña en que brotaste;
lecho mejor no alcanzaste
del césped primaveral,
sólo el bosque original
tu murmullo percibió,
y así como él se apagó
en el rincón del olvido,
muere, manantial perdido,
y como tú... muera yo!

Sobran aves en el viento,
y en los bosques manantiales,
y clarísimos fanales
en el azul firmamento.
Pródigo es cada elemento
en lo que para él nació,
y el astro que nadie vio,
y el ave de nadie oída,
dejan al perder la vida
lo mismo que dejo yo!...

LUNA LLENA

Vamos, niñas; nos aguardan...
¡Qué bien esos sereneros
vuestros radiantes luceros
cual nubecillas resguardan!
¡Ay! a mi edad acobardan
rayos de tal vibración;
y, con todo, a la visión
de noches así, como ésta,
resucitado protesta
contra el tiempo el corazón.

Y mucho más cuando...
Pero, la, vejez es habladora,
ya yo soy quien os demora,
niñas que como hijas quiero.

Salgamos, pues. De bracero
conmigo irá cada una.
Vamos a ver esa luna,
la misma que tanto vi
con quien ya tal vez de mí
no hará memoria ninguna.

¡Oh, noche inmensa y serena!
¡Qué silencio y qué armonía!
El firmamento sabía
que esta noche es luna llena.
Hoy da su función de estrena
la artista de lo ideal,
y a su aparición triunfal
ni el aura blanda respira:
calla, contempla y admira
toda vida universal.

Agosto 8: 1892.

LA SABANA

Tendida cual magnífica azotea
sobre la cordillera soberana,
mar en un tiempo, la imperial Sabana,
en pleitas de oro y esmeralda ondea.

Rotunda, inmensa, en torno arredondea
su amplia cúpula azul sierra lejana;
y ameno bosque, o fuente charlatana,
no es lo que tu alta majestad recrea.

Vierte aquí Ceres su mejor tesoro,
y halla el pintor titánea maravilla
muévase a Norte o Sur, Este o Poniente.

Grandiosa en su primor, su yerba es oro,
su arbusto, el roble; el cóndor suavecilla,
el Tequendama su único torrente.

Julio 3: 1877

EXTASIS I

¡Gran noche!... ¡tanta majestad me aterra,
tanta sublimidad me causa espanto!
Dios cobija el misterio de la tierra
con el misterio augusto de su manto.

Al son de aquella mística armonía
la inmensa tierra extático contemplo
como un cadáver, lívida, sombría,
bajo la santa bóveda del templo.

Esta sublime paz que me estremece,
este silencio asombrador, profundo,
más bien que una hora mundanal, parece
la víspera imponente de otro mundo.

Como una tregua entre la culpa inerme
y el rayo que se apronta a fulminarla,
cuando la pobre humanidad se duerme,
Dios desciende en secreto a visitarla.

IN ILLO TEMPORE

I

¡Diciembre! ¡Enero!... Cuánta dulce historia
surge, a tu imán, del yermo del presente,
¡oh, áurea estación de la Sabana ingente,
do el aire es dicha, el horizonte gloria!

Ebria en alas del éter mi memoria
la magia de otro tiempo aspira y siente,
y el corazón se me desata ardiente
como al héroe en su campo de victoria.

Cielo, aire, luz, los mismos de otros días;
canta la misma música en el alma;
mi juventud resucitó por dentro.

¿Por fuera?... Reinan las pasiones frías,
no ya el amor; y, en busca de otra palma,
vejez con faz de rosa es lo que encuentro.

II

¡Partidas de parranda al Tequendama!
¡Noches de Soacha! ¡furias de alegría
en que la savia juvenil corría
a par del Funza en su impetuoso drama!

¡Amplios banquetes do en mantel de grama
ministraban su néctar y ambrosia
hebes maravillosas, y ceñía
radiantes sienes triunfadora rama!

¡Vuelta a galope, en férvido tumulto,
en aquellas mañanas transparentes
en que circula por el cuerpo el cielo!

¡Tiempo de asueto, universal indulto,
¡júbilo fraternal! ¿tus dulces fuentes
la ilustración ha convertido en hielo?

LA CRUZ DE MAYO

Coronemos, pastores,
la cruz de mayo
que cortijos y amores
libra del rayo.

Y cubre las labranzas
de bendiciones,
y de paz y esperanzas
los corazones.

Arriba buenas mozas,
mozos arriba,
que ni en rozas ni en chozas
quede alma viva.

Cada linda corona
la cruz la paga,
buen novio le aprisiona,
buena pro le haga.

Coronemos, pastores,

la cruz bendita,
que a quien no le da flores,
Dios se las quita.

La hermosa aquí presenta
lo que le sobra.
El diezmo de su renta
la cruz lo cobra.

Y cada flor divina borra
algo feo;
cada rosa la espina
de un coqueteo.

Para la cruz los prados
brotan jazmines
y cantan emboscados
los serafines.

Y bailan los cabritos
sobre las peñas,
y aliñan sus palmitos
todas las dueñas.

Y flautas y panderos
se vuelven locos,
y de los cocoteros
se caen los cocos.

Devotos que hoy confiesan
honestas llamas,
su pensamiento expresan
y el de sus damas.

Y en vez de agrios talantes
que petrifiquen,
hallan brazos que amantes
los crucifiquen.

Y repasan los viejos
su verdes días,
y en vez de dar consejos
cantan follas.

Con las doncellas pasas
de sus bochornos,

donde aún hoy quedan brasas
de antiguos hornos.

Arriba pues toditos,
nuevos y viejos,
a paso de cabritos
o de cangrejos.

A poner más lucida
la cruz de mayo
que la selva florida
o el iris gayo.

Más galana que cuanta
novia se ha visto.
Que la cruz es la santa
novia de Cristo.

Bogotá, noviembre 11: 1877

LO QUE VIERON LOS VIEJOS

(Galerón colombiano)

Con amor y con envidia,
con encanto y con pesar
os miramos ¡oh, reliquias
del calvario nacional!
Que vosotros visteis todo
lo que nunca volverá,
lo que Dios concede a un pueblo
una vez y nada más.

Su creación maravillosa
de entre el caos colonial,
su crisol de sangre y fuego,
su desierto y su Jordán
sus profetas, su Mesías;
su tirano Satanás,
y sus cruces de martirio
y los santos de su altar.

Plugo al Cielo permitiros
ver, oír, acompañar

a Acebedo con aplausos,
con las armas a Cabal,
a los mártires con llanto,
y al sayón peninsular
con la ira del que jura
que a su Patria vengará.

Compartisteis la hambre
horrenda de la insigne Calamar,
ese ejército de espectros
que sólo almas eran ya.
Y de Pola el sacrificio,
sollozando, recordáis:
hostia pura, que las culpas
de tu pueblo quiso expiar:

el olvido de la Patria
por el culto seccional;
la soberbia fraticida,
la locuaz frivolidad;
la egoísta indiferencia,
y la saña pertinaz
contra el nuncio del Eterno,
el Moisés providencial.

¡Quién pudiera, cual vosotros,
referir a nuestra edad:
"Vi a Nariño en Calibío;
y vi a Ortiz clavando audaz
su pendón en la Cuchilla,
junto al sátrapa real;
y caer, como Leonidas,
con trescientos héroes más.

"Vi en el Bárbula a Atanasio,
vencedor y muerto al par;
y a D'Elhuyar, que en Trincheras
a llorarlo heroico va.
Vi a Piar ¡oh triste sombra!
en San Félix y el Juncal;
y en su lecho al noble Rivas
combatir y triunfar.

"En Valencia vi a Urdaneta,
a París en Bomboná,
a Padilla en Maracaibo,

a Arismendi en Pampatar;
y en cien lides a Bermúdez,
Muñoz, Gómez, Carvajal,
Silva, Anzoátegui, Zaraza,
Vásquez, Pérez, Conde, Aldan.

"Vi al gran Vélez y ocho bravos
a trescientos atacar
y vencer en río Caribe
con sin par temeridad;
y vi al mismo en Barcelona,
ocupado el fuerte ya,
tres mil hombres, hierro en mano,
sano y salvo atravesar.

"Ni fue menos cuando Boves
en Valencia la inmortal,
ante Ortega y Escalona,
la bandera izó de paz.
Y en Victoria y San Mateo,
y en cincuenta campos más,
vi de Maza al solo nombre
la legión servil temblar.

"Vi a Monsalve el socorrano,
aquel Pedro sin rival,
de Nariño en sus batallas,
socorrido talismán;
que al notar el Jefe el punto
decisivo del chischás
le ordenaba allí y cual flecha
iban él y el triunfo al par.

"¿Y a Serviez y Campo Elías,
y al caudillo de Alacrán,
y a Soublotte, Mantilla, O'Leary,
Brion, Salom, Cedeño y Braun,
y a Manrique y a Baraya,
Plaza, Infante, Lara, Herrán,
Rook, Rondón, Briceño y Torres,
qué patriota olvidará?

"Vi a los próceres que escapan
del banquillo de la paz
convertidos en leones
contra López en Yagual;

y a su jefe, al Cid de Apure,
al de aliento de huracán,
enseñándole a Morillo
cuánto puede un hombre acá.

"No con bombas, con su brazo
y su herrado guayacán,
traspasaba y repasaba
al ejército real.
Su embestida era de rayo,
y su rastro de avalancha;
y Quesera y Mucurita
un rodeo para Páez.

"Vi a Ricaurte haciendo él solo,
en combate sin igual,
un Tabor para su gloria,
para Boves un volcán.
Y vi al Hombre de las Leyes
en el caos gobernar,
y de un yermo alzar un pueblo
que venciera en Boyaca.

"Los llaneros del Pantano
¿cada cual no fue un Murat?
¿Y a qué héroes no eclipsaron
los vencidos en Chancay?
Y en Junín ¿no vimos Troyas
de combate singular?
Y en Pichincha Abdón ya muerto,
¿no lidió como el que más?

"Aún recuerdo aquel oficio
de un hidalgo General,
con que al Vargas su bandera
devolvió, y al Bogotá:
tal trofeo loas calumnia
no lo quiero conservar.
Fue posible destruirlos;
mas vencerlos, no, jamás."

"Y vi a Sucre, el más modesto,
el más sabio Capitán,
calculando la victoria
manejaando a su rival;
y llegado al jaque-mate

oí a Córdoba mandar
aquel paso que a la España
medio mundo arrancó audaz.

"Y, ¡oh, delicia! lo vi todo
en Bolívar inmortal,
de quien dijo el gran Camilo:
Nuestra Patria en él está!
Alma y vida de sus almas,
sol de fe, de voluntad;
Dios presente en todas partes
cual segundo Jehová.

"El, perdido en Casacoima,
sepultado en un fangal,
anunció que a Quito, al Cuzco
iba a dar la libertad;
y probó que aun desahuciado
es de un vil desesperar,
y que de un principio eterno
Dios eterno al frente va.

"Nunca en pecho de hombre alguno
cupó tanta humanidad.
Ni a más pruebas que las suyas
sometido fue un mortal.
Con su propio terco pueblo
tuvo él que batallar,
que enseñarle a sentir Patria
y a creer en la verdad.

"Ni obra humana se hizo nunca
más completa y colosal,
ni mejor presente al Cielo,
de justicia y caridad.
Nada falta ni el martirio
a su gloria singular.
Venturosos los que vimos
nuestro Padre nacional!".

¡Ay! nosotros nada hicimos.
Nada vimos, ¡oh, pesar!
Disfrutamos del milagro
pero el santo voló ya.
¿Qué nos toca? idolatraros
con intenso amor filial,

y besar las secas manos
que palparon al titán;

Circundaros, y anhelantes
excitaron a contar
hasta el último incidente
y palabras y ademán,
escuchando en vuestras voces
uno al menos, débil ya,
del millón que resonaron
en la inmensa tempestad.

¡Hoy es día de revista!...
dad la bélica señal,
de Mompós hasta Ayacucho,
por el vasto Josafat.
Ved surgir entrambas huestes
¿Los caudillos?... ¡Allí están!
Nadie falta... ¡Marchen! carguen!
¡Fuego!... ¡Lanza!... Avante!... ¡Atrás!...

Allí Boves, ígnea tromba,
da su asalto general;
y Simón, pie a tierra, espéralo,
y en el parque el fiel guardián...
Aquí Páez, nadando a oscuras
pasa el Magle. Sucre allá
ve risueño a sus contrarias
realizándole su plan...

¡Nobles viejos! Hoy sois mozos.
Vuestros ojos al hablar
nos alumbran, nos inflaman
con el sol de Bocacá.
¡Vuestra voz no es eco, es parte
del estrépito triunfal!
¡Y caemos de rodillas
aclamando Libertad!

1881

LA TUMBA DE RICAURTE

Ricaurte encuentra por sepulcro el cielo.
--Santiago Pérez

El único mortal que abrió su tumba En el cóncavo azul del firmamento.
--Luis S. de Silvestre

A otros labró con amorosa mano
fúnebre altar la multitud doliente,
ya en recóndita gruta siempre ardiente,
ya en panteón de fausto soberano.

Talvez destella su blancor lejano
'la cumbre que empurpura el sol poniente,
o el decano peñón do reverente
rinde su eterna salva el oceano.

¿Mas dónde no llegó, roedor inmundo,
la ingratitud? Al darnos tu heroísmo
de amor perfecto pavoroso ejemplo,

templo de tu memoria hiciste el mundo,
y la tumba, a medida de ti mismo,
la improfanable cúpula del templo.

Bogotá, junio 10, 1886

EDDA

Mi amor

Era mi vida el lóbrego vacío;
era mi corazón la estéril nada;
pero me viste tú, dulce amor mío,
y creóme un universo tu mirada.

A ese golpe mis ojos encontraron
bella la tierra, el ánima divina;
mundos de sentimiento en mí brotaron
y fue tu sombra el sol que me ilumina.

Si esto es amor ¡oh, joven! yo te amo,
y si esto es gratitud, yo te bendigo;
yo mi adorado, mi señor te llamo,
que otras te den el título de amigo.

Te amo ¡qué gloria! Que al oírme el mundo
me execre y burle, déspota y perverso;

te amara aunque me odieras iracundo:
fuera de ti ¡qué importa el universo!

Y no imploro tu amor, que siendo tuyo
tu desprecio y desdén bendeciría:
amarte, obedecerte, ese es mi orgullo,
y amando tu desdén yo moriría.

Yo te idolatro, indigna de tu afecto,
sí, porque no hay mujer digna de ti,
¡pura imagen de Dios, hombre perfecto,
proscrito arcángel que cruzó ante mí!

Yo he traslucido incógnito suplicio
en tu faz regia, en tu imponente voz:
la energía hay allí de un sacrificio,
hay allí la tristeza de un adiós.

Siempre encanté con tu visión mis sueños,
¡ah, son tan dulces! ¡siempre estás allí,
astro de sabrosísimos ensueños
en que forjo mil cielos para ti!

¡Y allí te vi feliz, allí no pisas
el mundo indigno en que sufriendo estás,
y son dulces, no amargas, tus sonrisas,
y nada enturbia el brillo de tu faz!

¡Oh, si el amor de una mujer valiera
por el santo dolor de un serafín,
por verte alegre hasta tu amor yo diera. ..
mi porvenir, mi amor, mi ser, en fin!

¿Qué no hiciera por ti, soñado mío,
cuando es mi luz la huella de tu pie?
Tu capricho esclavice mi albedrío,
palma de mártir, bríndeme tu fe.

Profeta que a mi espíritu anunciaste
la religión feliz del corazón,
y el amor al Dios grande me enseñaste
viendo su sombra en ti, su bendición.

¡Gracias, gracias! mancebo poderoso
de iluminada frente y pecho audaz,
en todo bello, en todo generoso,

de ningún mal, de todo bien capaz.

Así, cuando en instante incomparado
tu irresistible atmósfera sentí,
ciega, fatal, cual astro desquiciado,
me lancé a ti para abismarme en ti.

Para vivir en tu recuerdo extática,
y embellecer con él mi soledad;
para gozar con mi pasión fanática
ante la cual gritó la sociedad.

Para reír mirando tu sonrisa,
para llorar mirándote llorar,
para ser tu entusiasta poetisa
y contigo incesante delirar.

Para querer cuanto amas o te ama
y lo que odias o te odia aborrecer
eterna mariposa de tu llama,
fiel tutelar y sombra de tu ser.

Alma que siempre tu alma reproduzca,
corazón que lo tuyo sienta en mí,
ojo que siempre por doquier te busca,
labios que ruegan sin cesar por ti.

Cuando me ves, mi sér se diviniza,
cuando te oigo, soy toda inspiración;
y ¡oh! si te dignas darme una sonrisa
la dicha me sofoca el corazón.

Cuando respiro el fuego de tu aliento
mi seno necesito comprimir,
mi alma quiere volar a su elemento
y en una aspiración a tu alma ir.

Cuando roza tu brazo mi vestido,
cuando siento tu mano... ¡yo no sé!...
Lívida salto atrás cual león herido
y tambalea trémulo mi pie.

Y si tú no eres tú... si das un paso,
desplomada a tus pies viérasme allí...
¡La emoción infinita de un abrazo
era mucho... era un rayo para mí!

Dios, tu eterno esplendor me abrasaría;
hombre, ante ti es más débil la mujer.
Y nada bien sacrílega y bien fría
la furia más intensa del placer.

Mas dicha o infortunio... cualquier cosa
que me venga de ti ¡bendita sea!
Tu esclava, tu creación besa orgullosa
la mano que la inmola o la endiose.

Arrastrada hacia ti ciega me siento
cual a su abismo el Tequendama va:
húndame en él o salte al firmamento,
siempre el golpe mi voz bendecirá.

Si te debo mis lágrimas mañana,
hoy por ti soy feliz ¡amante soy!
¡Piedad para tu pobre bogotana!
No sé lo que te dije... ¡loca estoy!

EXTASIS II

¡Cielo azul, astros bellos, aura pura,
solemne, encantadora soledad!
Creación, rinde culto a la hermosura,
y une tu adoración a mi ternura
y a mi felicidad.

Sobre mi seno amante reclinada,
enlazados los brazos de los dos,
mi faz sobre su faz embelesada,
al través de mis ojos su mirada
parece viendo a Dios!

Al respirar, devuélveme mi aliento
mezclado con su aliento de jazmín;
y sin que hablen las bocas un acento
grita nuestro silencio un juramento
de amor, de amor sin fin.

Bien posa la castísima doncella
en quien ella ha enseñado a idolatrar
siento que soy un ángel junto a ella,

y ella en mis brazos una santa bella
que está sobre un altar.

Si alguna vez en sus ardientes vuelos
fue un alma hasta el dosel de Jehová,
nuestro sublime amor rasgó los velos.
¡Estamos a las puertas de los cielos,
y vamos a entrar ya!

Todo en nosotros y en redor nos dice:
Este es el paraíso precursor,
tal soledad la eternidad predice,
veo la mano de Dios que nos bendice,
Dios pide nuestro amor.

¡Dios, en tu luz, en tu verdad me abismo!
¿En dónde no estás tú que no te ven?
No; donde hay corazón no hay ateísmo,
¡aquí te siento arder entre mi mismo!
¡Aquí estas en mi Bien!...

Nueva York, diciembre 2, 1855

MI TIPO

La belleza en la mujer
no es cuestión del Padre Astete,
y el que en tal molde la mete
muy bobos nos quiere hacer.

Tal vez querrá colocar
dos o tres hijas tarascas,
o de amorosas borrascas
a un hijo alegrón salvar.

Mas yo entiendo la cuestión
como estrictamente estética,
y no ha de tachar de herética
ni un Santo mi solución:

que la norma en la belleza
es variable y contingente,
porque cada cual la siente
según su naturaleza.

La insípida el tonto adora,
el sabio la intelectual,
y cada hombre su ideal
halla en donde se enamora.

Yo, por hoy libre y vacante,
diera el voto a una morena,
forma esbelta pero llena,
con faz correcta y picante.

Ingenua expresión de niña
con ojos de horno que quemén,
y labios de esos que tremén
como provocando a riña.

Belleza meridional
de alma y línea decidida;
no esa inerte y desabrida
de corderito pascual.

Acaramelada tez
más bien que batido blanco.
Tipo ardiente, activo y franco,
no de angélica insulsez.

Candor de cielo en el rostro
con un infierno inconsciente,
algo que encante y que tiente,
querub con visos de monstruo.

De monstruo que me devore
y que a la vez me arrebate,
que adorándome me mate
e insultándome me adore.

Quiero una beldad dramática
no una sílfide de idilio,
una Dido de Virgilio
más que una Ofelia linfática.

No una lánguida, pasiva,
igual, pintada hermosura,
sino agridulce en ternura
y gratamente agresiva.

Y, sin jugar del vocablo,
diré que mi musa, en fin,
ha de ser un serafín
salpicadito de diablo.

Bogotá, abril, 1801

EN EL ÁLBUM DE AMALIA BRICEÑO

Este álbum (por la razón
de que él se ha de ver contigo)
me da mucha tentación
de decirte en un renglón
que... casi que no lo digo.

Mas, ¿por qué lo he de callar?
¡Acaso yo soy amigo
del hablar a medio hablar!
No. Te voy a confesar
que... quién sabe silo digo.

Pero ¡ay! recuerdo tus ojos,
y casi . . . casi que sigo,
y pienso en tus labios rojos...
y, aunque arrostre tus enojos,
te confieso que... ¿lo digo?

Febrero 27, 1855

LAS NORTEAMERICANAS EN BROADWAY

Una mujer gobernará siempre a su antojo aun al más imperioso hombre de mundo en teniendo ella tres condiciones: mucho talento, mucha belleza y poco amor.
--Fontenelle

Los que dejando a España la romántica
o el mundo tropical encantador,
donde la vida es un banquete opíparo
que abre naturaleza a su Señor;

los que al pagar un mudo adiós de lágrimas
al monte azul que visteis al nacer,
enviáis en alas de la brisa un último

voto de eterno amor a una mujer;

si de la lengua el balbuciente oráculo
queréis que no lo burle el corazón,
¡ah! cuidad bien que la temblante brújula
no os encamine hacia esta gran nación.

Que no sólo en la frente altiva y clásica
de las leonas que la España cría
Dios puso a la beldad el sello fúlgido
que del varón demanda idolatría.

No sólo un Guayas humedece límpido
un breve par de retozones pies,
de esos que puede la amorosa tórtola
con sola una ala cobijar después.

No sólo en ojos de limeñas árabes
arde a la sombra el meridiano sol,
ojos do al astro de Capac magnífico
hoy rinde humilde culto el español.

Guarda, ¡oh Brasil!, tus zalameras náyades
ricas en gracias como en piedras tú,
con aquel infantil hechizo cándido
de una lengua gemela del laúd.

Míma, ¡oh, Caracas! tus gacelas ágiles:
¿quién su andar mira y no las ama ya?
Nacidas sobre flores, su pie mínimo
rosas parece que pisando va.

Modela, esculpe, Guatemala artística,
tú Venus tropical, noble y gentil.
Miniatura de Lima ¿do el Praxiteles
que con el oro encenderá el marfil?

Secad las regias cabelleras de ébano,
brisas de Cartagena la inmortal,
sobre esos muros que modernos cíclopes
alzaron con estrépito triunfal.

De tus sirenas la canción romántica
¿quién, quién no extraña, oh, Maracaibo, aquí?
¿Quién las galas aéreas de tus sílfides,
¡oh Cuba!, no extrañó lejos de ti?

¿Quién, que del Istmo a la flexible Antílope
ciñó al compás del valse inflamador,
no sueña en ese talle esquivo y diáfano,
istmo entre cielo y tierra, istmo de amor?

¿Y olvidaré tus ojinegros ángeles,
culto, caballescá Bogotá,
con las mejillas de granada y nácare
que el alto cielo de cóndor les da?

¿O a la caucana, de héroes y de mártires
digna consorte, madre sin igual?
¿O a las del Plata, en toda lid terríficas?
¿O a la quiteña, reina ecuatorial?

¿Y he de olvidar de tus morenas, Méjico,
el seno escultural? ¿Y en dónde estás,
chilena, hurí de corazón volcánico,
la más celosa y la que quiere más?

¿Más? ¡No! Que Dios al devolver magnífico
al hombre rey su lamentado edén,
radiante como el cielo de los trópicos
su Eva inmortal le devolvió también;

Y ella le habló una lengua que a los ángeles
Dios para hablar con El les enseñó,
y trajo en dote al nemoroso tálamo
el mejor don del cielo: el corazón.

Pero el hombre es ingrato... El melancólico
filtro que una, mirada húmeda y pía
vertió al partir, encontrará su antídoto
que otra mirada infiltrará algún día.

Volvemos locos tras de hacernos pérfidos
vuestra misión, oh americanas, es;
os anexáis el corazón suavísimas
y en su tirano os convertís después.

Los que no me creáis, los que entre lágrimas
eterno amor jurasteis al partir
a la que ondeando el pañuelito cándido
desde la playa os quiso bendecir,

venid, llegad, y bajo el níveo pórtico
del imperial Saint Nicholas Hotel,
donde se alivia el trovador nostálgico
y se llora la ausencia última vez;

ved desfilar el majestuoso ejército
que anida en sus cuarteles Nueva York,
embalsamando la rosada atmósfera
con su virgen aliento embriagador.

¡¡Alerta! que él, con disciplina mágica,
antes de combatir os vencerá;
¡sangre española, tú serás la pólvora
que dando acecho al botafuego está!

Por ataviar a esta legión seráfica
todo el mundo, Este a Oeste, Norte a Sur,
viene a verter la copa de sus dádivas
que puja el oro en arrogante albur.

Blondas que teje para reinas Bélgica
realzando senos de alabastro van,
y nido a cuellos de nevada tórtola
da con sus chales la opulenta Irán.

Ondas de seda de Damasco espléndidas,
que el Musnud no ajaría en el harem,
barren el polvo... haciendo aquella música
que suspiran las aguas del Zemzem.

Fue para estos cabellos que a sus náyades
robó tan ricas perlas Panamá,
y a sus divinas mariposas fúlgidas,
sus lechos de esmeraldas Bogotá.

Pero ¿qué son rubíes, perlas, záfiro?
¡Cuántas reinas trocaran su esplendor
por sólo el brillo de estos ojos mágicos
con que alumbra sus tronos el amor!

De estas mejillas por la fresca púrpura
¡cuántas su regia púrpura darían!
¡Y su séquito de odios por el séquito
de almas en penas que en su amor porfían!

¡Ah! cada hermosa es un amable autócrata:

ley, sus sonrisas sus palabras, ley,
y una marcha triunfal entre sus súbditos
cada excursión por la imperial Broadway,

Los fieros amos de la gran República
son sus siervos humildes: ¡ya se ve!
¿Quién no lo fuera de tan lindos déspotas?
¿Y quién podrá decir: no lo seré?

Cuando a la luz del tentador crepúsculo,
desde el ido bajel de la ilusión
fugas aéreas de encantada música
vienen a acariciar el corazón.

¡Ay del que mira el fascinante ejército
que ante sus ojos desfilando va!
¡Ay del que adormecido en lago plácido
del Niágara al rugir despertará!

Lindas como esos iris, risa falaz del Niágara;
vagas como ellos y caprichosas;
efímeras como ellos,
cruelles cual ese abismo de aguas y de cadáveres
que eriza los cabellos...
Y así atrayentes, vertiginosas.

Todo es pasión y vida bajo su frente angélica,
como en sus altas cóleras el espantoso río.
¿Su corazón? ¡Miradlo, oíd clamar sus víctimas
en ese abismo oscuro... sordo... insaciable... frío!...

Nueva York, mayo 9, 1859

LA PAREJA HUMANA

La humana felicidad
es un misterio armonioso,
acaso tan prodigioso
como el de la Trinidad;
misterio en cuya verdad
uno es dos y dos son uno,
y uno solo (aunque importuno
parezca decirlo) es cero,
cera a la izquierda o soltero

que es lo mismo que ninguno.

Voz de dos letras, que al ir
solas nada significan;
júntanse, y todo lo explican,
nada dejan por decir.
Que al fin amarse es sentir,
vivir, gozar, padecer;
y cuando al Supremo Ser
olvida estúpido el hombre,
le enseña otra vez su nombre
el ojo de una mujer.

Letra girada por Dios
contra el ángel del consuelo
por un instante de cielo
que hace al hombre semidiós.
Fírmala y rásgala en dos
y échala al mundo humanada:
la mitad no vale nada
pero se buscan, se ven,
se toman, casan... y amén.
No hay que hablar: está pagada.

Me explico así en homenaje
al mundo y tiempo en que estoy,
y porque Apolo no es hoy
ignorante en agiotaje,
ni hace a Mercurio el ultraje
de llamar su oficio innoble,
cuando al contrario es tan noble,
que el mismo amor inmortal
le enseñó la sin igual,
la insigne partida doble.

Formado ya el universo
quiso Dios el sexto día
coronar como debía
templo tan vasto y diverso,
y una obra en prosa y en verso
y en dos tomos trabajó:
Hombre en un tomo inscribió;
Mujer rotuló el segundo;
Y amor y dicha del mundo
la obra completa llamó.

Con pasta bien diferente
los entregó encuadernados,
y fuimos desmejorados
notabilísimamente;
de grosero se resiente
el material masculino;
y así del taller divino
salió Adán cual cerdo espín:
fuerte, áspero, tosco... en fin,
empastado en pergamino.

¿Mas la mujer? Bien se ve
que ya el Autor Soberano
era más diestro de mano
y superfino el con qué,
pues de la cabeza al pie
su ser deslumbrante apura
el non plus ultra en figura.
Líneas, tinte y material,
y con razón el mortal
diole por nombre hermosura.

A no ser que Dios prescinda
de ser infalible, creo
que al hombre adrede hizo feo
por hacerla a ella más linda;
y porque jamás nos rinda
de la envidia el frenesí,
nos dijo el Señor: "aquí
el obsequiado no es ella:
tú eres feo y ella es bella,
pero, amigo, es para ti.

"De la tierra en el vergel
ella es fuente y tú eres roca;
tú la regalada boca
y ella tu panal de miel;
tú el rudo tronco en que fiel
la pasionaria bendita
viene a enlazarse y desquita
de tu sostén el favor,
con su fragancia de amor
y donosura exquisita.

"Sin la roca, ¡pobre fuente!
sorbióla el rojo arenal

o se tornó en cenegal
su limpieza transparente.
Sin aquel panal viviente,
ávida boca, ¡ay de ti;
y ay de ti, flor carmesí,
sin ese árbol en que al viento
te cuelgas del firmamento
para coronarte allí!"

Si en dos tomos nos envía
su obra maestra el gran Maestro,
el tomo de prosa es nuestro,
y es ella la poesía.
Nosotros la fuerza impía,
la ambición, la audacia loca;
ella, cuanto al alma toca
y alza a la divinidad;
y aquella debilidad
que al rey más fuerte, derroca.

Un volumen suelto es cosa
absurda, insípida y triste,
y sólo un santo resiste
lectura tan fastidiosa:
eso no es verso, ni es prosa,
ni es alma, ni es corazón;
mas juntadlos: a la unión
el mismo Dios se vislumbra,
Eva sonrío y se alumbra
la segunda creación.

He aquí el último ejemplar
de libro de amor gemelo.
Editor, la voz del Cielo;
publicado, en el altar:
permita Dios que a ese par
nunca enfade su lectura,
ni errata, ni enmendatura
manche el sagrado papel,
y que cada folio dél
diga: amor, paz y ventura.

Nueva York, junio 1866

EN UNA BODA

Sic vos non vobis...
--Virgilio

Brota la planta una flor,
con su savia la sustenta,
y el padre sol la ornamenta
de matizado color,
y es como un beso de amor
de la tierra con el cielo,
y ambos allí su desvelo
cifran con dulce interés.
¿Y esa flor para quién es?
Con un tercero alzó el vuelo.

La dura roca y el mar
también se aquejan de amores
y también les nacen flores
de mérito singular;
y así el coral suele alzar
sobre el mar selvas de rosa;
y así la perla, en que posa
la luz sonrisa encantada
cuajó; y ¿a quién destinada?
No a la mar sino a la hermosa

tierra y fuego tenazmente
se aman con amor profundo,
y en las entrañas del mundo
tienen su tálamo ardiente,
y es el diamante fulgente
fruto de su idolatría;
y ella ¿para quién lo cría?
Y él ¿para quién lo aquilata?
Para el que su oro y su plata
exprima con ansia impía.

Así para vos, oh, abejas,
no destiláis vuestra miel;
ni orna el vellón vuestra piel
para vos, mansas ovejas;
ni aráis la tierra en parejas,
nobles bueyes, para vos;
ni anidáis de dos en dos
para vos blancas palomas;
ni a ti darás tus aromas

casta beldad, flor de Dios.

¿Y a quién tu cantar baldío
¡oh! tú que anhelas profundo
con traslucos de otro mundo
llenar del mundo el vacío?
Crece con tu desvarío
tu cerco de soledad,
mengua tu felicidad
con lo imposible que sueñas,
y cual Moisés nos enseñas
lo vedado a tu ansiedad.

¿Y para quién es tu luz
¡oh, sol! para quién tu alfombra,
¡oh, verde campo! y tu sombra
para quién, blando sauz?
Y ¡oh, Dios! de tu Hijo y su Cruz
¿quién disfruta el beneficio?
Sólo es para tu servicio
cualquier don de tu favor
y toda perla de amor
es prenda de un sacrificio.

Así ¡oh, Manuel! ¡Oh, María!
Hermanos que quiero tanto,
hoy rendís con vuestro llanto
un don que os envanecía.
Vuestra doble idolatría
es hoy amor de un tercero
mas no la perdéis, e infiero
que ella gana en la cesión.
Guarda vuestro corazón.
Y él le añade el suyo entero.

LA MUJER

1

¿Qué fue, señores, pregunto,
el Paraíso sin Eva?
Una casa linda, nueva,
y triste como un difunto.
Conversación sin asunto,

corazón sin propietario,
banquete inhospitalario,
función de melancolía,
rica penitenciaría
con encierro solitario.

2

Eso, dirán, no era encierro,
no habiendo allí, de seguro,
techo, ni rejas, ni muro,
ni cerraduras de hierro.
Es cierto, yo tal vez yerro;
y aunque del Funza hasta el Tibre,
mentiras de más calibre
siendo en verso, pasan bien,
me corrijo: era el Edén,
un encierro al aire libre.

3

¿Qué perfumaban las flores
en jardín tan opulento?
¿Qué cantaban en el viento
los mirlos y ruiseñores?
¿Para qué los resplandores
de aquel sol y esas estrellas
y tantas cosas tan bellas
que a todos lados veía,
si el pobre Adán no sabía
qué significaban ellas?

4

Era el mundo a la sazón
una magnífica fiesta,
regia mansión, grande orquesta,
soberbia iluminación;
manjares a discreción,
licor, cuanto cupo allí,
y en fin, por si algo omití,
un obsequio el más completo...
sin objeto, ni sujeto

a quien festejar así.

5

Era un club, el ideal
de un club para un lord inglés,
aunque sin Times, ni tés
ni el rosñbif sacramental;
un club de lujo imperial
aunque... al gusto primitivo,
fundado para el cultivo
de un tedio solo y sin fin;
un monopolio de esplñn
con privilegio exclusivo.

6

Situación muy semejante
a la estupenda engañifa
de uno que ganó una rifa
sacándose un elefante:
con este ratón gigante
no supo qué hacer aquél,
y en su fortuna crñel
vino a salir del empeño
rogándole al mismo ex-dueño
que se quedara con él.

7

¿Qué haría en el Paraíso
el decano del planeta?
¿Leer? No había ni Gaceta,
ni esquina para un aviso.
¿Beber? Le fuera preciso
chispase con agua pura.
¿Pulirse? ¡Ociosa locura!
¿Fumar? No tal vio el Edén.
¿Hacer versos? ¿Pero a quién?
¿Vagar? ¿Pero en qué aventura?

8

Por eso el Autor del mundo,
viendo su infelicidad,
en su infinita bondad
le infundió un sueño profundo.
Pues señores, me confundo
al pensar y discurrir a qué pudiera
ocurrir para matar su fastidio
el padre Adán. Al suicidio,
o bien, a echarse a dormir.

9

Y como no se apuntó
del Génesis en la historia,
ni consta en piedra o memoria,
cuánto tiempo Adán durmió,
tengo calculado yo
que durmió, próximamente,
quince años, lo suficiente
a que, al volver del reposo
el jayán, se hallara esposo
de una mujer competente.

10

Despertó, y ¡oh, Dios bendito!
¡Oh, felicidad sin nombre!
¡Jamás ha tenido un hombre
un susto más exquisito!
¡Despertó! y, no con un grito
(que entonces ni gritar pudo)
de hinojos, hizo un saludo
de extática idolatría
a ésa que Dios le ofrecía
en indesatable nudo.

11

En aquella aparición tuvo Adán,
en un instante, la explicación
fulminante de su desesperación.
Ella fue la solución

de tanto triste problema;
la clave de cada tema
de aquel inmenso Ollendorff,
la copa de aquel licor,
la heroína del poema.

Dios y ella eran el fin
y el noble oficio del alma;
ella, de la lid la palma,
y la reina del festín.
Aroma de aquel jardín;
lazo de aquel ramillete;
letra del canto; grillete
de dicha; quid del fastidio;
antídoto del suicidio;
sal y sazón del banquete.

13

Como un amable papá
que agasajando a su niño
esconde el mejor cariño
y de último se lo da,
asimismo Jehová
dio primero a nuestro abuelo
cuanto anima y viste el suelo,
y al fin, su dulce de amor,
extracto de lo mejor
que hay aquí de tierra y cielo.

14

Y tanto ese don postrero
preció el amoroso Adán,
que después, cuando Satán
lo puso en el trance fiero
de salvar su haber entero,
mas perdiendo a su mujer,
él antes quiso perder
tanta ganga (¡infausta breva!)
por tal de sufrir con Eva
y con Eva perecer.

15

Esto prueba a un tiempo
mismo el gran valor de una bella,
y que nuestro amor por ella
es capaz del heroísmo.
No hubo, por cierto, egoísmo
en la elección del abuelo;
y aun en mis días, recelo
que hay más de un amante
que osa arriesgar por una hermosa
su herencia de tierra y cielo.

16

¿Y quién hay que no prefiera
una. cárcel con su amada
a una espléndida morada
sin dulce y fiel compañera?
Llámala el hombre hechicero
viendo que en un santiamén
de un hogar hace un edén
y cambia un infierno en gloria,
y (si no miente la historia)
el viceversa también.

17

La niña, escondida en él,
en su gran locomotora;
ella lo impulsa... o lo atora,
lo hinche de miel... o de hiel.
En piedra, o lira, o pincel,
ella lo inflama y lo guía,
ella ante Dios lo extasía,
ella a la muerte lo lleva;
ella, en fin, lo pierde en Eva,
y lo rescata en María.

18

¡Feliz quien logró encontrar
su ángel bueno femenino,

que honrando el alto destino
de imán tan particular,
le diga: "Somos un par
indivisible los dos.
Voy a tu lado, no en pos;
águila sé, y yo tu ala,
y yo la mística escala
por donde subas a Dios".

19

"Cuídame, por tu interés,
como a la luz de tus ojos.
Quiéreme, pero de hinojos.
Te doy la honra que me des.
Si al fango me hunden tus pies
tu corazón se hunde allí.
Sé mi todo para mí,
mi esposo y mi amigo y padre;
que yo soy tu hija, y tu madre,
y si me pierdo... ¡ay de ti!"

20

Mas no olvides, oh, beldad,
que a tu poder no hay segundo,
y cuánta es, en hombre y mundo
tu responsabilidad.
Ya que tu debilidad
es la fuerza más tremenda,
y que el Sumo Autor en prenda
dio la mujer al varón
para hacer su perdición,
o bien, para ser su enmienda.

Bogotá, junio 24, 1880

EL 6 DE OCTUBRE

Cuando el fiel terranova enfermo siente
que su pecho la atmósfera sofoca,
que le abrasa la luz y es una fuente

de veneno mortífero su boca,
filtro que a él mismo lo consume ardiente
y que a hacer otros mártires provoca,
entonces, como nunca, en él se traza
el generoso instinto de su raza.

No quiere emponzoñar al preferido
Ser por quien sangre y existencia diera,
ni forzar esas manos que ha lamido
a asesinar la pestilente fiera.
Reprimiendo un hondísimo gemido
busca y ve a su amo por la vez postrera,
y huye sin un adiós, sin dejar llanto,
a morir lejos de lo que ama tanto.

Así, abstraído en sueños de ventura
cerca de esa mujer idolatrada,
sordo al rugir de la tormenta oscura
que me circunda en mi fatal jornada,
ebrio al virgen olor de su hermosura
entreví el paraíso en su mirada
y... alcancé a oír tormenta entre mi seno,
en mi alma el rayo; en mi palabra el trueno.

El brillo de sus ojos me abrasaba,
y arder y arderla el corazón quería,
y del volcán la ponzoñosa lava
en mi sediepta boca hervir sentía...
Mas la razón, por un momento esclava,
"¡huye! me dijo, ¡es tiempo todavía!
"Huye que hoy sólo es tuyo el sacrificio;
"¡Paz para ella! ¡para ti el suplicio"!

Nueva York, octubre 6, 1863

A FELIPE S. GUTIÉRREZ

I

Pintor, te necesito: el mejor día
llegó de mi existencia, y es preciso
del tiempo sacudir la tiranía
y eternizar aquí mi paraíso.

¡Mira qué sol, qué cielo, qué horizonte
dispuso Dios para mi amante fiesta!
Escucha hervir desde la pampa al monte
universal, arrulladora orquesta.

¡Qué aire! ¡qué luz! los Andes panderosos
parecen islas de cristal flotantes;
mar de esmeralda al pie de los colosos
rueda al mar en magníficos cambiantes.

Y si hay por fuera un cielo, otro hay por dentro
compendio vivo de la misma gloria...
El templo está; mas píntame en su centro
el ídolo inmortal de la memoria.

Píntame lo que miras: no mejores
lo que no es dado mejorar. No quiero
flores más exquisitas que mis flores.
Ni ángel ideal por mi ángel verdadero.

¡Dime si habrá mortal más venturoso!
¡Dime si en este edén cabrá el fastidio!
Pudo el de Eva y Adán ser más hermoso,
pero créeme, pintor, no se lo envidio.

Será muy lindo un serafín que inventes,
pero ese no es el serafín que yo amo,
hazlo como lo ves, como lo sientes,
y de ese nombre con que yo lo llamo.

Píntalo abandonado a mi cariño,
pensando en mí como en su dios del mundo,
con la confianza y el candor del niño
y ánimo de mujer, ciego y profundo.

Y píntalo de suerte que en su fuego
vuelva a encenderse el cielo de este día,
y al verse allí se reconozcan luego
dos almas que hoy juraron tuya y mía.

II

Si alguna vez el caminante olvida
el oasis bendito del desierto,
y la imagen viviente de la vida

pudo hacer revivir al que no ha muerto,

¡pintor de la verdad! tu lienzo puro
será mi fuente de ilusión constante,
cristal que en el torrente del futuro
refleja en calma mi cenit radiante.

¡Culminan hoy el delicioso mayo
y mi felicidad! ¡que no sucumba
ese sol sin que estampes cada rayo
y me alumbres con él hasta la tumba!

Tú harás que, aunque pintadas, esas flores
viertan eternamente su fragancia,
y tú embalsamarás con tus colores
el esplendor de nuestra pobre estancia.

Tú harás que esa mirada me sonría
con perpetuo, dulcísimo reclamo;
y que esa boca, eternamente mía,
me diga eternamente: yo te amo.

Y harás, en fin, que si piadoso quiso
enviarnos Dios una porción del cielo,
esta porción no vuelva al paraíso
mientras no alcemos de la tierra el vuelo.

Bogotá, mayo 21, 1874.

AL TRABAJO

¡Siempre es padre el Señor! Cuando El condena,
sus golpes mismos paternos son
nos impuso el trabajo como pena,
y aun esa pena es una bendición.

La vida del Señor colmaba un día
la gloria humana. El hombre la perdió.
Nuestra vida sin El quedó vacía.
El trabajo, y sólo él, nos la llenó.

Y si antes era el hombre rey del mundo
por reflejar sin mancha el suma bien,
fue después por el sudor fecundo

que en claras perlas coronó su sien.

Y allí el blasón de su nobleza nueva;
sus títulos allí de propiedad;
allí el mejor obsequio para Eva;
allí el Edén de la segunda edad:

El dulce hogar, alzado por sus manos,
pagado con el oro del amor,
donde sus frutos rendirán los granos,
donde las plantas abrirán su flor;

y a cuya mesa, entre aura de jazmines,
vendrá del cielo el cotidiano pan
como en alas de alegres serafines
que a comerlo con él se sentarán.

Y Eva y su Adán con tal amor y encanto
querrán su nuevo familiar vergel,
que, si al hecho por Dios lloraron tanto,
ya no trocaren éste por aquél.

¡Es obra del trabajo!... ¡Oh, tú, mil veces
bendita pena ¡santa esclavitud!
¡Tú que a los más humildes ennobleces!
¡Compañero y guardián de la Virtud!

Tú santificas el placer y el duelo;
huye de ti la tentación fatal;
y cuando la virtud bajó del cielo
te encontró a ti, su hermano terrenal.

Tú amar la vida en la virtud nos haces
cual su lid bien lidiada al paladín;
y amar la inmensa tierra, do te places
en señalar tu tierra, y tu jardín;

Y haces amar a los demás, que iguales
ante tu ley, cuantos la cumplen, son;
y cada. cual recibe sus jornales,
y tendrá cada cual su galardón.

¿Tu galardón? ... Lo encuentras en ti mismo
tranquilo sueño, fresco despertar,
conciencia en paz, fruiciones sin guarismo;
salud aquí; derecho a descansar.

Derecho a la esperanza, que en el mundo
y allende el mundo, siempre sonrió,
aun sobre el cabezal del moribundo,
al que, con su trabajo, la compró.

Derecho, al sol, a no evitar su vista,
ni la de hombre ninguno: en tu lugar,
tú, no por nacimiento, por conquista,
eres más rey que en su palacio el zar.

Para ti la sonrisa de la tierra,
que tú embelleces, que enriqueces tú,
do sólo en ti la libertad se encierra,
como en el ocio eterna esclavitud.

Do faltas tú, todo es miseria y vicio;
do llegas tú, la redención llegó.
La opulencia sin ti... ¡duro suplicio
que al jornalero mísero envidió!

Tú, y sólo tú -no el oro, ni la espada,
haces rica y potente a una nación.
La riqueza sin ti, vicia y degrada,
y Dios la espada condenó al talión.

Naturaleza entera, esclava tuya,
lámpara de Aladino es para ti.
Donde una vena aurífera concluya
tú harás que otra mayor surja de allí.

Los astros mismos rindente tributos,
y sigue el Tiempo el rastro de tus pies;
se aviva el sol por madurar tus frutos;
llueve, para dar germen a tu mies.

Y a cada golpe de tu azada, el cielo
responde fiel con una bendición;
y pulsa agradecido, bajo el suelo,
de nuestra madre tierra el corazón.

Pero es tu privilegio dulce y santo
que ángeles en el cielo envidiarán,
¡poder con tu sudor rescatar llanto,
dividir con los huérfanos tu pan!

¡Salve, oh segundo creador del mundo!
¡Numen de independencia y de virtud!
¡Adversario del Mal! ¡padre fecundo
de toda humana fuente de salud!

Do ayer todo faltaba, hoy por ti sobra;
que en ti de Dios la bendición se ve,
mágico irresistible, oración de obra;
¡omnipotente brazo de la Fe!

¡Grande y feliz el pueblo donde tú halles
en cada corazón culto y altar!
Que obstáculo no habrá que no avasalles,
ni pabellón que dejes humillar.

Cual se renueva en tu labor la tierra,
tú al hombre lo renuevas de raíz;
y al viril pueblo que extirpó la guerra,
lo harás resucitar grande y feliz.

¡Y tú, sudor y lágrimas del alma!
Labor de lo alto, ¡excelsa poesía!
Tu premio no es el oro... ¡Ah si mi palma
el amor fuese de la patria mía!

Bogotá, 6 de julio, 1881

MAGIA

El Arte es sugestión. La arcilla lerda
deja a Psiquis la esencia de la obra.
Herido el aire, está de más la cuerda;
herida el alma, la palabra sobra.

La conciencia tenaz de lo infinito
no puede holgar en limitado arresto;
el mármol ya tallado, el canto escrito,
a su autor claman: "tu visión no es esto".

Y a par del Arte, es sugestión el orbe
de este mismo infinito que recata.
Un día hermoso, inmenso, no me absorbe;
más grande que la esfera me dilata.

Dentro de mí un espíritu de cieno
niégame al que ansío y necesito y llamo;
mas yo al vil, como a esclavo, lo refreno,
y lo denuncio en prueba de El que amo.

¿Por qué no halagan ya mi fantasía
tantas cosas que niño encontré bellas?
¿Hoy qué les falta? ¿fueron obra mía?
¿Soy otro yo, o envejecieron ellas?

Y en cambio ¡cuánta inobservada perla
que no acierto a pintar, hoy me fascina!
¿Veo más con menos ojos para verla,
o lo que embota el cuerpo el alma afina?

Conmigo, hace años, niña, encantadora,
leía cierta épica contienda;
el libro es inmortal, mas la lectora
me interesaba más que la leyenda.

Llegados a un pasaje que, recelo,
mi lector encontró soso o difuso,
la hoja marcó con hebras de su pelo
y una tregua de plástica propuso.

Convine... Allí el autor dormita acaso;
mas yo aquel ejemplar de su poema
guardo aún, --y esa marca-- y hoy repaso
y rumio allí su inspiración suprema.

No era Paolo yo, ni ella Francesca,
ni audaz el verso: su pureza misma
me habrá salvado esa emoción tan fresca
y por luz de la página ese prisma.

Y si en dédalo atroz, seguro guía
fue un hilo, ¿no sabrán esos cabellos
volverme al sol de rosa de aquel día
yendo mi corazón prendido de ellos?

Obra inmortal; pero es mi dulce amiga
el numen que allí busco, amo y venero.
Su aureola, su voz, aun su fatiga
me dejó consagrado el libro entero.

Ficticio estimarán, o extravagante,

culto tan largo en pago de tan poco,
mas debió menos a Beatriz el Dante,
y lo hizo un santo, y para el vulgo un loco.

Ni serás tú quien niegue en su egoísmo
que haya un puente de amor que del abismo
de medio siglo enlace los extremos
consta un ejemplo, un nombre, y es el mismo
que tú y yo y una lápida sabemos.

PERPETUA

¡Gracias a Dios, no he vuelto a verte nunca!
Y tal como eras, tal como te amé,
tal como tú me amaste -aquí te guardo;
y es hoy siempre hoy el delicioso fue.

La ilusión virgen no rozó la tierra,
no ajó al lucero un rayo de su luz,
ni se hizo hiel el néctar de los dioses,
ni la áurea palma exasperante cruz.

En aquellos idilios, en aquellos
transportes a otro mundo ¡qué terror
tal vez me hablaba., imaginando fuese
sombra y mentira mi hora de favor!

¡Y erré- Si mujer fuiste, ausencia y tiempo
te han ido consagrandose serafín;
y esa mirada tuya se hizo eterna,
y ese vaso de amor fruición sin fin.

Como el camello abreva en el oasis,
y luego andando con su fuente va, así,
para cien años de desierto,
mi corazón abastecido está.

¡Tanta afición común, que un lazo nuevo
un amor más formaba entre los dos;
y tanto pensamiento adivinado;
y el dulce tú, y el armonioso nos!

¡Tanta media palabra, que decía
lo que no puede un libro; tanto sí

de voz y de alma; y actos mil triviales
que tú divinizabas para mí!

Audacias de pasión; indiferencias
a cuanto en el social vario interés
no era tú o yo; y enojos pasajeros
que explosiones de afecto eran después.

Arte y naturaleza transformados
en ministerio espiritual de amor,
y tardes templos, y paisajes himnos.
Y juramentos de astro, y piedra y flor;

soledades sublimes, ante un cielo
con que nos festejaba Jehová,
y el universo entero nos cantaba;
¡y algo eterno se oía más allá!

Y cuando como a Rey de lo creado,
en ese altar me coronabas tú,
y yo a tus pies, mi idolatrada Reina,
retornaba tu don con mi laúd...

Nadie me ha despojado; no hay quien pueda
robarme nuestra mutua creación.
Con ella, con tu amor, para mil años
abastecido está mi corazón.

Y hoy, cuando apura la aridez del mundo,
cuando la sociedad, perversa actriz,
punza mi paz -retórneme hacia dentro,
y allí estás, y respiro, y soy feliz.

¿Mi corazón te dije? El de esos días
ya no es el de hoy; mis ojos ya no son
esos que en la colina de las rosas
se extasiaron en ti de adoración.

Ni aun de mis huesos que potente hacías
tremer, vibrar, conservaré señal.
Volví todo a la tierra, en su perpetua
de muerte y vida rotación fatal.

Soy otro y te amo aún: porque tu amante
era mi alma inmortal. Tú entraste allí,
tú la encantaste, tú la poseíste;

allí quedó cuanto hay excelso en ti.

Dos vidas -años hace- estás viviendo:
triunfas en la una en todo tu esplendor
de hermosura y de dicha. Nunca en ella
tocó en su ocaso el astro del amor.

Tu otra vida la ignoro. Plegue al cielo
sea tan feliz cuanto mereces tú,
exuberante mies de la esperanza,
fiel fructificación de la virtud.

Y si no, dulce amiga, un templo existe
donde el pesar, donde el afán no entró.
Tu sagrado está en él; en sus altares
te estoy vengando eternamente yo.

Ríete, pues, de tu dolor; desata
el vuelo de tu espíritu hacia mí,
y al penetrar en tu santuario antiguo
oirás tu nombre, y te verás allí,

y escucharás tu voz... y -como el ángel
vuelto al Edén que no olvidó jamás,
las pesadillas ímprobos del mundo
arrullada en tu gloria olvidarás...

¡Ah! Saber que nos aman, que vivimos
entre otro ser, que hay algo entre los dos
mayor que tiempo y mundo y vida y muerte,
algo que entró en la voluntad de Dios,

¿no es siempre dulce? Y aun sentir que amamos
¿no es por sí sólo un bien? ¿no es inmolar
todos los egoísmos de la tierra
de una vida más noble en el altar?

Y tú oirás, como yo, voz misteriosa
que nos murmura: "Una esperanza os dí,
y esas son mis promesas; y lo eterno
que al hombre ofrezco se lo cumplo aquí?"

¡Gracias a Dios que nunca más nos vimos!
Que do habremos de hallarnos otra vez
seremos ángel y ángel, desgarrados
los velos de la humana lobreguez.

Bogotá, enero, 1884

SIEMPRE

Bien pueden su hojarasca y polvo y hielo
acumular los años sobre ti.

Mi corazón sacude el turbio velo,
y siempre te hallo, ¡oh, dádiva del cielo!
Fresca y radiante en mí.

Porque a mí te envió El, y yo he guardado
tu mejor luz en ánfora inmortal,
porque a cosas de Dios morir no es dado,
y eres tú claro espíritu encarnado
en diáfano cristal.

No hay flor cuyo matiz no degenera
al pasajero sol que la esmaltó.
Tan sólo propia luz firmeza espere:
la, perla de la mar se opaca y muere;
las de los cielos no.

Nuestra querida estrella leve gasa
o negro temporal veló talvez;
mas ¿que a ella el furor que el golfo arrasa?
Parece cada nubarrón que pasa
doblar su brillantez.

La copa del banquete postrimera
deja el gusto encantado. En tu vergel
mi hora sonó de juventud postrera;
y el ángel me hallará, cuando yo muera,
saboreando tu miel.

La tarde de la vida, árida y fosca,
pide un hogar con su genial calor;
si él falta, huraño el corazón se embosca,
y la memoria en torno a sí se enrosca
cual serpiente en sopor.

Así, vuelta la espalda a lo presente,
que, sin el ser por quien vivir sentí,
es noria vil, bullicio impertinente,

torno a buscar mi sol, mi cara fuente,
mi cielo, urna de ti.

Voy para atrás, pisada por pisada,
recogiendo el rumor de nuestros pies,
repensando un silencio, una mirada,
un toque, un gesto... tanto que fue nada
y que un diamante hoy es.

Oculto, como en mágica alcancía,
guardé felicidad para los dos,
y cuanto una vez fue lo es todavía,
que el sol del alma no es el sol de un día,
ni es del tiempo, -es de Dios.

Cierta, como la dicha antes de su hora,
es ésta: y tierna cual pasado bien
que en escondida soledad se llora;
sacra como deidad que la fe adora
y ojos de éxtasis ven.

Hora, hora mismo, en alta noche oscura,
mi aurora boreal, surges aquí.
Hay resplandor, hay brisa de hermosura;
alzo a ver y hallo tu mirada pura
vertiendo tu alma en mi.

Y ya no media esa impaciencia ingrata,
ese exceso de luz que impide ver
y que al gustar el bien, nos lo arrebató.
La sal de la amargura hoy aquilata
el néctar del placer.

¡Ah! cuando osen a ti dardos y afrentas,
cuando te odies tú misma en tu dolor,
cuando apagada y lóbrega te sientas,
abre mi corazón: allí te ostentas
en todo tu esplendor.

¿Dónde está él? -Donde tú estés. Bien sabes
que fue, por fiel a ti, conmigo infiel.
Ábrelo, que en tu voz están sus llaves;
pero, al mirarte en su cristal, no laves
lo que escribiste en él.

Diciembre: 1887

LA MÚSICA

A la señora doña Lastenia Larriva de Llona,
sentada al piano

¡No ceses, no, señora! ¡Oh, cuánto es dulce,
cuando uno ha muerto para el mundo ya,
sentirse adentro vivo todavía
de un són querido al tacto familiar!

Ir, de esa fiel amiga del espíritu,
caritativa música, al rumor,
resucitando antiguos paraísos,
repadeciendo la íntima pasión!

Que hay en cada memoria un universo
dormido, sin atmósfera y sin luz,
arrinconado a la presión del tiempo
y de la indiferente multitud;

mas si, por un resquicio que dejaron,
inadvertido fíltrase hasta él,
como una gota de agua de los cielos,
un tono, un son del venturoso fue;

una de aquellas cláusulas que hablaron
por dos que no encontraban una voz;
que sumaron dos almas en un alma,
y extática lleváronla hasta Dios:

¡Eso es aire, eso es luz! es el bautismo
de otra resurrección espiritual;
y ese universo se incorpora entero,
y se enciende todo él como un altar;

y reconoce el corazón su toque,
y marcha con su música otra vez,
y oye, quién sabe dónde, en tierra o cielo,
el paso igual del que marchó con él.

¡Cómo nos quiere! ¡Cómo nos reclama
y llora con nosotros ese son!
Nodriz fue que nos meció en los aires,
y hoy, como alma sin cuerpo, de un amor...

¡No ceses, nó, señora! ¡Oh, cuánto es dulce,
cuando uno ha muerto para el mundo ya,
sentir por dentro un corazón eterno
del tiempo entre la fábula fugaz!

¡Vuélve a tocar! que tus preciosas manos
pulsan discretamente el corazón;
son manos de mujer y de poeta,
artistas del cariño y del dolor;

y ofrecido en el cáliz de la música,
el dolor mismo es néctar celestial,
reactivo milagroso en corazones
que el hielo humano emparamando va.

Cuando ya con el mundo hablamos poco,
pero mucho con alguien que no es él.
Dulce es tratar con ese mundo en sombras
que de tu arte al conjuro alzo la sien.

¡Arte de un dios! maravilloso lente
para mirar, para sentir atrás!
Teléfono creador, que en un sonido
restaura un mundo que vibró a la par.

Y si el diáfano lente acaso enturbia
un suspiro, una lágrima veloz,
¡qué iris tan bello el panorama esmalta!
¡Qué sagrada aureola esa visión...!

Vuelve a tocar, ¡señora! que a mi espíritu,
de tu piano el aéreo talismán
devuelve la conciencia de la vida,
la del sentir, la del poder de amar;

y almas hay como el néctar generoso,
rico en aroma, y fuego, y embriaguez
bajo las telarañas del sepulcro
donde su dueño acendra su poder;

y quizá de esas almas es la mía;
y aunque ya en torno del cantor no habrá
virgíneos labios que al licor perdonen
lo turbio y polvoriento del cristal,

el festín misterioso irá por dentro;
y el goce antiguo, y la extrañada voz,
oiré vibrar en los sonoros bordes
de tu profunda música al rumor.

Bogotá, abril 25: 1885

MÚSICA Y POESÍA

¡Música y Poesía! un mismo anhelo
de completar la tierra con el cielo,
el ser con su modelo,
con el Creador al hombre:
Versión diversa con diverso nombre
de un mismo impulso universal, profundo.
Aquella es ésta traducida al cielo;
ésta es aquella traducida al mundo.

FONDA LIBRE

¡Pasajeros del cielo,
alados trovadores, bienvenidos!
Parad el canto, suspended el vuelo
por un instante sólo, y dad, oídos
al bando que os anuncio esta mañana:
¡Fonda libre desde hoy en mi ventana,
fiesta de pajarillos,
ricos manjares y agua a todas horas!
Acudid sin temor de artes traidoras
o apedreadores pillos,
jaulas penitenciarias,
pérfida liga o balas sanguinarias.

Venid uno por uno
o en irrupción de innúmera bandada,
cada cual con su cónyuge y chiquillos,
pues habrá para todos, y a ninguno
ha de costarle nada. Un trino sólo
en pago del selecto desayuno,
un trino de alborozo a cada artista exijo,
o dad al anfitrión siquiera el gozo
de ver vuestro inocente regocijo.

Por mi parte os prometo
que mientras estéis en casa, estaré quieto.
Pobres bardos del aire. ¡Cuántas días
(como en la tierra firme otros cantores)
al mundo entero sin retorno disteis,
o a crueles protectores,
vuestras vivificantes melodías!

¿Qué bosque a nuestro paso no cambiasteis
en vivo teatro de asombrosa, escena
que al gorjear de rivales primadonas
magnífico resuena
y espárcese en diamantes y coronas?
¿Cuándo no amaneció mayo florido
en son de alegre fiesta
con vuestras deliciosas alboradas,
justas de amores entre nido y nido?

¿Cuándo con esa caprichosa orquesta
tan vibrante y sutil de perlas y oro,
al irse el sol y recogerse el mundo
no hicisteis de la augusta selva umbría
templo sin luces, do invisible coro
ya una voz, ya un suspiro al cielo envía
flotando sobre el órgano profundo?

Y ¡oh, humanidad ingrata y sin ternura!
Ella es vuestra orfandad y horrenda muerte
inventó diversión: es gusto, es lujo
veros penando en rígida clausura;
y mientras más gemís, más se divierte.
Ella hizo favorito
blanco a su dardo atroz vuestro plumaje,
único ajuar y galanura vuestra,
que adornará después a otra hermosura
o hará más fiero el rostro del salvaje.

Y ¡ay! ese canto mismo
con que os doléis de amor, o atestiguando
vais por el viento aquella data a todos
delicia de vivir que el hombre olvida,
os trae la muerte, al cazador llamando.
¡Ah! con razón sobrada
espantados huís nuestra mirada.

Mas yo tengo algo de cantor, me impulsa
espíritu de gremio en vuestro amparo
y cierto acatamiento misterioso,
como aquél del discípulo al maestro,
pues en verdad declaro
que prefiero a mi canto el canto vuestro,
canto que es puro amor, o pena, o gozo,
directo y verdadero,
libre de estas inútiles palabras,
y más antiguo y natural que Homero.

Con esa orquesta, sí, con esa misma
clásica pastoral, que Dios compuso,
de Eva y Adán las nupcias celebrasteis;
a ese rumor lloraban su perdida
felicidad; con él se consolaban;
y hoy, como entonces, cariñoso arrulla
el mismo epitalamio a los felices,
o tristes novios descendientes suyos,
que algo que lamentar encuentran siempre
aun sin haber como ellos poseído
y perdido un edén... ¡Ay! no nos queda
más prenda original de aquel tesoro,
no hay más noticia de él perfecta y pura,
que ésa que en vuestro idioma de esos días
vosotros nos contáis; y en tan ingenuo
modo lo hacéis, tan tierna y dulcemente,
que al escucharla entre el frescor del alba
creemos de improviso
oír, respirar, gustar el paraíso.

Bastantes años *gratis et amore*
gocé vuestro convite,
bebí ese néctar que al edén nos lleva
con su fragancia antigua y siempre nueva.
Dejadme que aunque tarde hoy os invite
a honrar este retorno de poeta,
corto en vajilla, nulo en etiqueta.

No tímidos huyáis si en mi aposento
veis el mango asomar de hosca pistola,
pues sólo para el monstruo que os inmola
reservo yo tan bárbaro instrumento;
ni temáis que algún niño... ¡Ah! bien querría
que pudieseis temer tan dulce cosa
como hallarme de un hijo en compañía,

rico presente de una casta esposa;
pero ¡ay! si los tuviera, tanto, tanto
amáralos tal vez, que fuera dellos,
ni a vosotros a dar alcanzaría
una migaja de mi amor, ni un canto.

¡Venid! y pues no hay niños, sed mis niños
que alrededor de mí jueguen y enreden;
remedad los gritillos con que ufanos
ellos un día os remeden,
su inquietud, sus pinicos, su barullo;
y yo también, con labios y con manos,
ensayaré en vosotros los cariños,
del paternal inofensivo arrullo.

¡Venid! no me haréis pobres aunque lo sea
para este mundo aparatero y loco
que sólo saborea
la cáscara del fruto bendecido.
Vosotros me enseñáis que con muy poco
uno es feliz, y que del pan perdido
sobra para alguien más y un dulce nido.

Yo, pajarillo cual vosotros, hijo
de aire y de luz y por perversa estrella
a tinieblas y polvo condenado,
al ensayar mi vuelo el primer día,
vine a caer inerte y desalado
en extranjera jaula triste y fría.

Mas hoy benigna encanta
mi desamor y estúpido aislamiento
como un rayo de sol la amistad santa;
ya miro el bosque, ya respiro el viento.
Ya sueño que en sus alas me levanta
y a mi sol y a mi nido me devuelve;
con el suspiro férvido que exhalo
mi esperanza y vosotros llegáis juntos.
Ambas venías del cielo, y de ambos debo
a la amistad el íntimo regalo.
Quiero a mi vez mostrarme con vosotros
hospitalario amigo,
quiero partir mi gratitud con otros;
dejadme ser lo que otros son conmigo.

ANGELINA

(Fragmento)

All others love is love of self
--F. J. Ami

Ya el sol de los quince años sonreía
en el rubor de niño de su frente,
y con el alma en gracia todavía
sus formas sospechaban el placer.

Era ídolo de todos, y Dios mismo,
Padre celoso, embelesado al verla,
suya, y no de los hombres, quiso hacerla
cuando espigaba entre ángel y mujer.

Y así se la llevó. Seis lunas vimos
desde aquel día de plegaria y llanto,
y entre los suyos que la amaban tanto
no es dado aún su nombre pronunciar.

Mas vive escrito en los hinchados
ojos de la madre infeliz y el padre anciano
suele cubrirse con crispada mano
el rostro y se le escucha sollozar.

Ultimo de la prole, un hermanito
tuvo Angelina, endeble criatura,
lleno de mansedumbre y de ternura
pero que hallaba en todos esquivéz.

Erale predilecto: sus halagos
pagaban de los otros el despego;
amable camarada de su juego,
su aya oficiosa y medianero juez.

Hoy es el triste la doliente sombra
de la llorada angelical doncella
y en homenaje a la memoria de ella
el favorito del hogar es él.

"¿Recuerdas, madre, cuánto me quería?"
A la infeliz alguna vez pregunta,
y ella gimiendo al corazón le junta
y dícele, "hijo mío, eres crüel".

¿De que murió Angelina? ¡Dios lo sabe!
Al punto que marchó la providencia,
del firmamento azul de su existencia,
blanca paloma, entre la mar cayó.

"La edad, la fiebre de la edad", decía
el médico del pueblo; mas el pueblo
sabio a su modo, susurrar solía:
"¡Era tan linda: Dios la enamoró!"

Y era por ciento linda, como todas
las que en flor desaparecen. De esas flores
siempre el Señor escoge las mejores
para hermohear con ellas su jardín.

Lástima fue, mas cuántas no querrían,
mártires hoy de cóleras y engaños,
tal muerte, en esa perla de los años,
bella y mimada, cándida y feliz.

Isla bendita que flotando hermosa
del horizonte mágico en la orilla,
cual una no explorada maravilla
el ojo de los hombres codició.

Y nunca la alcanzaron; y entre tanto,
yendo y viniendo en misteriosas nubes
posaban en sus huertos los querubes...
y una mañana nadie más la vio.

Tál esa virgen. No era nada mío.
Ni es historia de amor su breve historia,
y sin embargo encuentro en su memoria
cierto benigno, cariñoso imán.

Es una de esas ráfagas de canto
que nada son, ni dicen, ni recuerdan,
pero con lastimero y tierno encanto,
yendo y volviendo en la memoria están.

Una tarde de otoño, cuando el cielo,
soberano, poeta de la tierra,
del mustio bosque armonizaba el suelo
con dulce y melancólico esplendor,

dando la mano al tímido hermanito
a lento andar se encaminó Angelina
a la apacible cumbre que domina
el blanco nido del paterno amor.

Ya el toque de oración a Dios
llevaba el piadoso murmullo de la aldea,
y ellos tardaban, y una triste idea
lanzó a la madre en repentino afán.

Corre a buscarlos; sus inquietos ojos
con ansia exploran la creciente sombra;
llámalas, oye que una voz la nombra;
¡son ellos, es feliz, con ella están!

Mas ¡ay! fue pasajera su alegría;
el ojo maternal, que no se engaña,
vio en Angelina una expresión extraña
de ternura solemne y de dolor.

"¿Qué tienes di, que tienes vida mía?"
"Nada, mamá", repuso, pero en tanto
atropelló sus párpados el llanto
y sus mejillas coloró el rubor.

"Sí, dijo el compañero, está muy triste,
"tan triste que ha llorado hora tras hora...
"dile que no la quieres cuando llora,
"dile que te hace daño verla así.

"Hoy no ha querido ni jugar conmigo,
"y al ver que su tristeza me afligía,
"me estrechaba en los brazos y decía:
"si yo me muero, ¿qué será de ti?"

¡Ay! desde aquella misteriosa tarde,
hermosa precursora de desgracia,
la flor nunca tocada, inerte, lacia,
sobre su virgen tallo se dobló;

y en vallo al uno, al otro, a cuantos mira
la desalada madre insta y requiere
"¡Sálvenme a mi hija, mi hija se me muere!"
llanto la dieron, pero vida, no.

Por la madre fui a verla; y así, urdiendo

de intensa fiebre a la secante llama
como azucena lánguida que inflama
del arbol la hoguera carmesí,

me pareció tan bella, que mis ojos
de llorar se olvidaron, y un secreto
santificarte impulso de respeto
que me mandaba arrodillar, sentí.

La virgen deliraba... algo quería
de sí apartar con indignada mano...
de pronto abrió los ojos, y al hermano
con expresión atónita buscó;

tembló la pobre madre cual temiendo
dejarla ver su afán, cambióse aprisa,
y fijó en Angelina una sonrisa,
sonrisa tal que a mí me destrozó.

Tres días después ya nadie sonreía,
ni se hablaba en la casa, ayes, lamentos,
gritos eran sus únicos acentos,
adioses que no escuchan otro adiós.

Hoy sí, madre infeliz, dejó tus brazos
para no volver más, esa hechicera
niña que desde el mundo un ángel era
y no pudo en cuerpo y alma ir hasta Dios.

Fueron, para llorarla en aquel día,
suyas todas las madres; sus hermanas,
todas las inocentes aldeanas;
su casa, el pueblo, en duelo todo él.

Y pues aquella flor se les moría,
flor la más cara y primorosa y buena,
no hubo jazmín ni cándida azucena
que no cayese a acompañarla fiel.

Ya la amaban los hombres; mas ninguno
llegó a explicarle su amoroso anhelo,
cual si un cristal guardara para el cielo
su prístina fragancia virginal.

Aun hubo quien luchó por suicidarse
a la nueva fatal: en gran quebranto

otro vino a pedirme un flébil canto
que interpretara su aflicción mortal.

Seis meses van, y timbra todavía
de boca en boca el favorito nombre;
sueña con sus encantos más de un hombre,
y hay frescas flores de su cruz al pie.

En cada faz de aurora el padre encuentra
algo de su Angelina, y cuando pasa
madre feliz por la doliente casa,
rompe en llanto otra madre que la ve.

Empero, aquel su exasperado amante
no rindió a tal azar la vida ingrata:
no ha mucho que en alegre serenata
su patética voz reconocí.

Casóse el otro, te olvidaron ambos,
cúmplase un año, y nunca en mis oídos
vibraras, como un día, entre gemidos
nombre que entre gemidos aprendí.

Cúmplase un año; alguno dirá entonces
"¡Cómo estuviera hermosa si viviese!"
Y habrá un padre quizá que se embelese
dando tu nombre a un nuevo serafín.

Mas ya que te perdimos, no aquí vuelvas
a consolar pesares que no lloran;
nuevas palomas cantan en las selvas;
con nuevas flores se alegró el jardín.

Ven a ver a tu madre, a ella tan sólo,
que sólo ella ama siempre y nunca olvida;
su corazón te dio su propia vida,
y en él, mientras palpita, vivirás.

Breve placer la diste, por quince años
de afán y de dolor que la costaste;
nada te pidió nunca; la dejaste,
y hoy no quiero otro alivio que llorar.

Tú fuiste la parásita indolente
que chupaste su savia, por ti en luto
se abatió melancólica su frente,

y arado el rostro y pálido se ve.

Dios te la dio, y él sólo dar podría
ese de amor inmensurable abismo;
mas ella, liberal como Dios mismo,
al mismo Dios te ha dado con la fe.

Eso es amor, sólo eso no es mentira.
¡Ah! no habléis más, desmemoriados hombres,
de amor y de dolor, vulgares nombres
de santas cosas que ignoráis aquí.

Yo soy de los sensibles, yo conozco
el camino del llanto, y sin dobleces
entrego el corazón; y cuántas veces
me indigné, sin embargo, contra mí.

Venturosa Angelina, quiso un día
Dios prestarte a una madre, y descendiste;
y ella te devolvió tal cual viniste:
perfecta y pura como el ángel es.

Tú no tocaste el mundo, que de un cielo
a otro cielo pasaste; y ese llanto,
llanto de madre, incomparable y santo,
es el único rastro de tus pies.

Washington, 1859

ELEGIR

Una señora, sobre la muerte de su esposo
—(El señor Antonio Ospina)

Cual cisnes que en sosiego se deslizan
uno en pos de otro en plácida laguna;
cual nubecillas que en diciembre rizan
el cielo azul en torno de la luna:

así, con esa paz, con ese encanto
junto a ti mi existencia resbalaba;
y si lloraba alguna vez, mi llanto
la miel de tu cariño lo endulzaba.

Era modesto nuestro hogar bendito,

en nuestros cofres no abundaba el oro,
pero tu corazón era infinito
y de más precio que el mejor tesoro.

Tu amor genial, cual deliciosa lumbre,
daba en redor satisfacción y abrigo.
La tierra, en que penar es la costumbre,
no era valle de lágrimas contigo.

Si el mucho trato excluye la blandura,
tú ni en ficción ocasionaste agravios;
nunca faltó en tu acento la ternura,
ni la sonrisa en torno de tus labios.

Nunca el solaz buscaste en el oprobio
esquivando el doméstico sagrado;
para tu esposa siempre fuiste novio,
para tus hijas siempre enamorado.

¡Con qué discreto y ejemplar cariño
de nuestro amor las floras cultivabas,
tú que haciéndote niño con el niño
ciencia y virtud jugando insinuabas!

Así en tus manos se formaron ellas,
ricas en bien que con el tiempo no huya,
si Dios en su bondad las hizo bellas,
la belleza de su alma es obra tuya.

La fe, que da en la adversidad la fuerza;
la diligencia que el fastidio espanta;
la rectitud, que aire falaz no tuerza;
la solidez, que el oropel no encanta;

la modestia, el perfume de la gracia,
sin la cual no hay amor ni acatamiento;
el contento interior, que hasta en desgracia
difunde en rededor paz y contento.

Era por ti el hogar limpia colmena
do cada abeja cándida traía
su bocado de miel a la faena
y el susurro vivaz de su alegría.

Era la casa nuestro mundo entero
que en torno a ti, su sol de amor fecundo

giraba armonioso y placentero,
cual si no hubiese fuera de él más mundo.

Y el tiempo en vuelta plácida corría
sin dejar otra huella, otra mudanza
que el rendimiento de labor del día,
y una sonrisa más de la esperanza.

¡Ay, cuán feliz era yo entonces: tanto
que en mi hábito ignoraba mi opulencia!
Creía el infortunio un vano espanto
y que así fuera siempre la existencia!...

La horrenda muerte de repentino vino
y te arrancó, ¡gran Dios! de nuestros brazos;
desde ese instante se perdió el camino;
mi cielo cayó encima hecho pedazos.

De tal modo mi vida era tu vida
que aún me pregunto siempre que despierto,
¡cómo sigo existiendo, desprendida
de ti, mi amor, con cuya muerte he muerto!

Lo que tengo de vida es solamente
el sentimiento acerbo de tu falta,
ojos para llorarte, y una ardiente
ansia que, a veces, de morir me asalta.

De nuestra dicha lúgubres despojos
tu casa está de tu memoria llena,
no hay un lugar donde poner los ojos
que no parezca hablar de nuestra pena.

A veces, acosadas por tu sombra,
tus hijas en silencio se me prenden,
como en busca de alivio. No te nombra nadie...
mas nuestras lágrimas se entienden.

Hace que te lloramos más de un año,
¡y veinte pasarán cual solo un día!
Todo contento aquí parece extraño
sin el que todo nuestro encanto hacía.

Sin ti, perseverante jardinero,
¿qué suerte correrán tus blandas flores?
¿Quién pondrá en ellas tu exquisito esmero?

¿Quién tu cariño, amor de los amores?

A este cruel pensamiento me estremezco,
y lo aparto de mí desesperada;
si al peso de mi duelo desfallezco,
el del deber me abrumba y anonada.

¡Qué suplicio mayor que el de la vida
sabiendo ya con honda certidumbre,
que su parte de dicha está vivida
y todo lo que falta es pesadumbre!...

Perdido tú, que mi universo fuiste,
perdió todo en la tierra su hermosura;
para mi corazón ya todo es triste,
y hasta la luz del sol tiniebla oscura.

¡La dicha que el Señor me dio, no pudo
haber sido más grande, más intensa!
Pero tan poco puede ser más rudo
el cáliz del dolor que hoy la compensa.

Y cuando yo lo apuro hora por hora,
y lo que no es pesar no entiende mi alma,
el mundo sigue en bacanal sonora
sin momento de tregua ni de calma.

Parece que el dolor es sólo mío,
que sólo tú sobre la tierra has muerto,
que sólo en nuestro hogar hay un vacío,
y en nuestros corazones un desierto!...

Tú -todo corazón- que de aflicciones
andabas siempre en busca, para en ellas
de tu insaciable caridad los dones
verter, calmando heridas y querellas.

Tantos que tú aliviaste con tus manos,
¿en dónde, en dónde están que no te lloran?..
Si tanto bien olvidan tus hermanos
los ángeles de Dios no los ignoran.

El, por el bien que hiciste, me depare
las fuerzas que no encuentro; y su infinita
misericordia no nos desampare
ya que el amparo que nos dio nos quita.

Entre tú y nuestras hijas yo he quedado
partida el alma en dos, postrada, inerte.
Cuándo estaremos todos a tu lado
donde todo es amor, donde no hay muerte!

A JOSÉ EUSEBIO CARO

(Coratemplando su rerato)

Allí está Caro con su firme ceño,
de un gran carácter al dolor templado,
que fuera del deber no admitió dueño
y el crisol lo halló siempre immaculado.

Dios no dejó que la vulgar natura
lo hiciese bello, quiso hacerlo El mismo;
y al alumbrar el alma su escultura
fue amado como un dios, con fanatismo.

Su alta cabeza, olimpo tempestuoso,
pesa en el que la ve; reconcentrada
toda la faz, parece en su. reposo
del espejo de Arquímedes armada.

Su boca es elocuente; de allí truena
la convicción. Sobre su frente
late su fiera dignidad, y en su serena
curva elegante y luminosa, el vate.

Tras de ese ojo hay un águila que busca
al Dios que la conciencia le revela;
desprecia el polvo, el éter no la ofusca,
e independiente y solitaria vuela.

Todo en Caro era propio, todo suyo;
él, como el sol, se iluminaba él mismo.
Era virtud en él su noble orgullo;
su órbita excepcional, su excentricismo.

Poeta fue, y altísimo poeta,
no por poeta empero, mas por grande;
y él la poesía interpretó completa:
soplo creador que el universo expande.

Newton, David, Beethoven, Buonarroti,
culto en su altar a un tiempo recibieran;
para él, trueno, cincel, número y nota
oráculos de Dios a un tiempo eran.

El del Albano, desdeñó indolente
las tintas exquisitas y graciosas;
no era el raudal do muelle y blandamente
van resbalando lágrimas y rosas.

Suya no era esa insípida armonía
que la plebe poética corteja,
ave falaz cual la que un dios mentía
de Mahoma posándose a la oreja.

Al arrullo del céfiro que vuelve
goza y se inspira el gemidor cenizoso;
Caro, al golpe del trueno que revuelve
del ancho abismo al contrastado monte.

Sus palabras, del numen al tormento,
se entrecrocaban tal vez y se atropellaban;
como el rapto del Niágara violento,
rocas, troncos y tímpanos se estrellaban.

En su odio a lo vulgar, tanto lo evita
que vaga extraño. Siente que no cabe
el drama borrascoso que lo agita
en el metro y decir que el vulgo sabe,

y busca, cual la Euterpe del germano,
más vastas y profundas armonías
que el pensar emancipen soberano
de monótonas, nimias simetrías.

Y así entreví los tiempos aún distantes
de la epopeya hispanocolombiana,
cuando la augusta lengua de Cervantes,
Bello, Herrera, Espronceda, Oyón, Quintana,

uniendo a sus dulcísimas cadencias
los grandes ritmos de la antigua trompa;
plástica fiel del alma, rica en ciencias,
natura escrita, en variedad y pompa;

digna de un nuevo mundo, cante al hombre,
cante la nueva vida, el mundo nuevo,
la ley de Cristo en práctica y en nombre
sobre otro edén, feliz como el primero...

Un universo entero el genio lleva
reconcentrado en su cerebro ardiente:
no ante Colón América fue nueva,
que iba ya gravitando entre su frente.

Así arrullaba a Caro el océano
desde el centro de un mundo, y lo he oído
respondiendo a su acento soberano
cual la leona a su león perdido.

El tiempo a su mirar se recogía
como asido en las garras del profeta;
la selva entera en solo un árbol vía,
y en un mortal la humanidad completa.

Canta el amor, y hasta el umbral del cielo
con Delina en los brazos se adelanta,
y aplaudieron los ángeles el vuelo
de pasión inmortal con que la canta.

Estar contigo y no contar las horas,
pídela, y describió lo indescriptible.
¿Por qué cual lloro yo también no lloras?
Y ella con llanto respondió sensible.

Y fue la esposa del cantor, la estrella
que él consagró al amor del universo;
la inmortal, siempre joven, siempre bella,
que alumbra y embalsama cada verso.

Cantó la libertad, y Jesús mismo
pudiera contestarle: "Esa es la mía";
no ese envidioso, inmundo despotismo
que hizo aquel nombre bárbara ironía.

Su patria, la de Caldas, la de Pola,
era su gran Delina idolatrada;
por ella te dejó doliente y sola,
¡oh, imagen de su patria infortunada!...

A Caro, como a tantos pensadores,

al verlo aislado y mísero en la tierra,
llegó Satán con ósculos traidores
a convidarlo a su insensata guerra.

Mas en el lecho, en medio a su martirio,
abrumado de espíritu, cayendo,
bajó una sombra a hablarle en su delirio,
con lenguaje a la vez dulce y tremendo:

¡La de su Padre! Místico entusiasmo
lo unge al volver del sueño que lo oprime,
y ve más noble el himno que el sarcasmo,
y al mártir, más que al Satanás, sublime.

Halla en su mano el arpa, y lanza un grito
con que a la muerte efímera destrona
¡Morir no es perecer! lema bendito,
que triunfador inscribe en su corona.

Fe, patria, hogar, virtud, amor eterno,
son los únicos númenes que canta:
bien pudo entrar al coro sempiterno
con esa lira, ardiente, pero santa.

Y si es el hombre lámpara oprimida
y le ha de dar toda su luz la, muerte.
¿cuál será la del genio que en la vida
lumbre de serafín ya en torno vierte?

Peco cantó: breve equipaje lleva,
cual Rioja y Bello, en su inmortal camino;
no hay nota impura; cada aliento es prueba
de su temple viril y alto destino.

El, coma Esquilo, tierno a par que austero,
verdad y numen desposó en su lira.
Serio, elevado, independiente, fiero,
no supo hacer reír, ni hablar mentira.

Por ser gran corazón, es gran poeta,
que hace creer, sentir cuanto nos dice;
su lector está en él, él lo interpreta:
¿quién habrá que con él no simpatice?

Su estudio, el corazón, única fuente
del verbo que arde, y late, y saca llanto;

que acerca el verso, dardo de la frente,
y da la eterna, resonancia al canto.

Su estilo, la verdad. Si un alma hermosa
vibra, y se escucha, y repetirse sabe,
no necesita más, en verso o prosa
tiene el grande arte, la infalible llave.

Así la idea cae cristalizada
en estrofa armoniosa: clara y pura
agua del cielo, en verso imaginada,
y escrita como el alma, la murmura.

La fuerza, la verdad, el mismo Caro
es la magia de Caro y su belleza;
no el ritmo, el tinte, el artificio raro,
hueca abundancia o cómica agudeza.

No es su canto "alharacas de un idiota",
aire sonoro, palabrería nada,
que a la crítica misma escapa ignota
por no haber qué detenga su mirada.

Un mundo entero, un mundo inmenso habla
tendido en medio del azul del mar;
de polo a polo virgen se extendía
llamando a aquél que lo debiera hallar.

El siempre piensa y dice: tosco o bello
cada verso de Caro es una idea:
no cree deba cantarse sólo aquella
que no merece que se diga o lea.

Mas bien rebosa atropellado acaso
al raudo hervir de sangre y pensamiento;
circunda la figura un aire escaso,
y lo suple el lector tomando aliento.

De otro pinta, él transporta lo que siente
de su seno al papel; escoger nombre
no lo detiene, pone a nuestra frente,
no al hacedor de versos sino al hombre.

Abre al celeste Homero, y apartándolo
al raptó de dolor que lo enajena,
nos conmueve por Héctor, señalándolo

solo, olvidado en la sangrienta arena.

Contempla el mar, mas no lo ve, lo tiene.
Y es más grande el cantor que el oceano
cuando lo abarca, lo alza, lo sostiene,
y como gota de agua que va y viene
lo hace rodar por la creadora mano.

Con solemne, profético, alto acento,
él citó al mar para su muerte un día;
y el mar obedeció su emplazamiento,
y hoy gime al pie del triste monumento
fiel a la malhadada profecía.

Así, cabe la fosa del soldado,
leal terranova a su señor lamenta,
así muge el abismo atormentado
bajo el cedro del Líbano, cortado
por el hacha de Dios en la tormenta.

El mar, digno escabel de donde había
de encumbrarse a su Olimpo el genio raro
que nunca con el polvo en paz vivía...
él paga: un noble canto le debía
y hoy es el bardo fúnebre de Caro.

¿Hasta cuándo, oh, discordia, nos condena
Dios a deberte lágrimas y llanto?
¡Tú lo arrojaste como al Dante, oh, hiena,
a devorarse de tartárea pena
lejos de todo lo que amaba tanto!

¡Patria, sólo una playa en qué besarte,
sólo una tumba demandar le oíste!
Y cual Virgilio, al verte, al abrazarte,
su tumba halló; feliz por alcanzarte,
¡patria, el único premio que le diste!

¡Oh, no! también, también tienes tu hora
de dar su galardón al noble, al fuerte.
Caro también te mereció, señora,
como el sublime amante de Eleonora
su triunfo... ¡al otro día de su muerte!

Niño te amé. Mi padre que detesta
el rimar fútil, él que se afligía

notando en mí la inclinación funesta,
diome El bautismo en dádivas de fiesta,
diciéndome: "Hijo, lee: eso es poesía".

¡Sí, poesía, germen misterioso
de Homero y Caldas, de Colón y Talma!...
¡Nuestra porción del serafín glorioso!...
¡Lente de lo infinito... de lo hermoso!...
¡Voluntad pura... música del alma!

Esa es la tuya, y es solaz tan raro
ver brillar, como en ti, sublime Caro,
juntos genio y virtud, que al recordarte
¿quién no habrá de quererte y de llorarte
y atesorar tus, sílabas avaro?

¡Vate infeliz! mis ojos no han vertido
lágrima más ardiente, honda, sincera,
que aquella cuando al fin hube creído
que no era un sueño ver así extinguido
tan pronto el sol de tu mortal carrera.

¡Siete lustros! la edad de los precoces
que el mundo llora, cuando en él callaron
de Evald, Byron, Heredia y Burns las voces;
cuando, nuncios del cielo, iris veloces,
Mozart y Rafael se disiparon.

Diez años... ¡no!... mi porvenir daría
por un soplo no más de omnipotencia,
hacer saltar aquella losa impía,
volverte al cielo de la patria mía
y hundir allí mi inútil existencia...

Mas tú no lloras. Tromba que sedienta
de verdad y de amor ibas rasando
el negro mar que a todos amedrenta.
Al fin te asiste dé!l, y tu violenta
ansia de Dios estás en Dios saciando.

1857

DE NOCHE

La viellese est une voyageuse de nuit.

--Chateaubriand

No ya mi corazón desasosiegan
las mágicas visiones de otros días.
¡Oh, Patria! ¡oh, casa! ¡sacras musas mías!...
¡... Silencio! Unas no son, otras me niegan.

Los gajos del pomar ya no doblegan
para mí sus purpúreas ambrosías;
y del rumor de ajenas alegrías
sólo ecos melancólicos me llegan.

Dios lo hizo así. Las quejas, el reproche
son ceguedad. Feliz el que consulta
oráculos más altos que su duelo!

Es la Vejez viajera de la noche;
y al paso que la tierra se le oculta,
ábrese amigo a su mirada el cielo.

Junio 14 de 1890